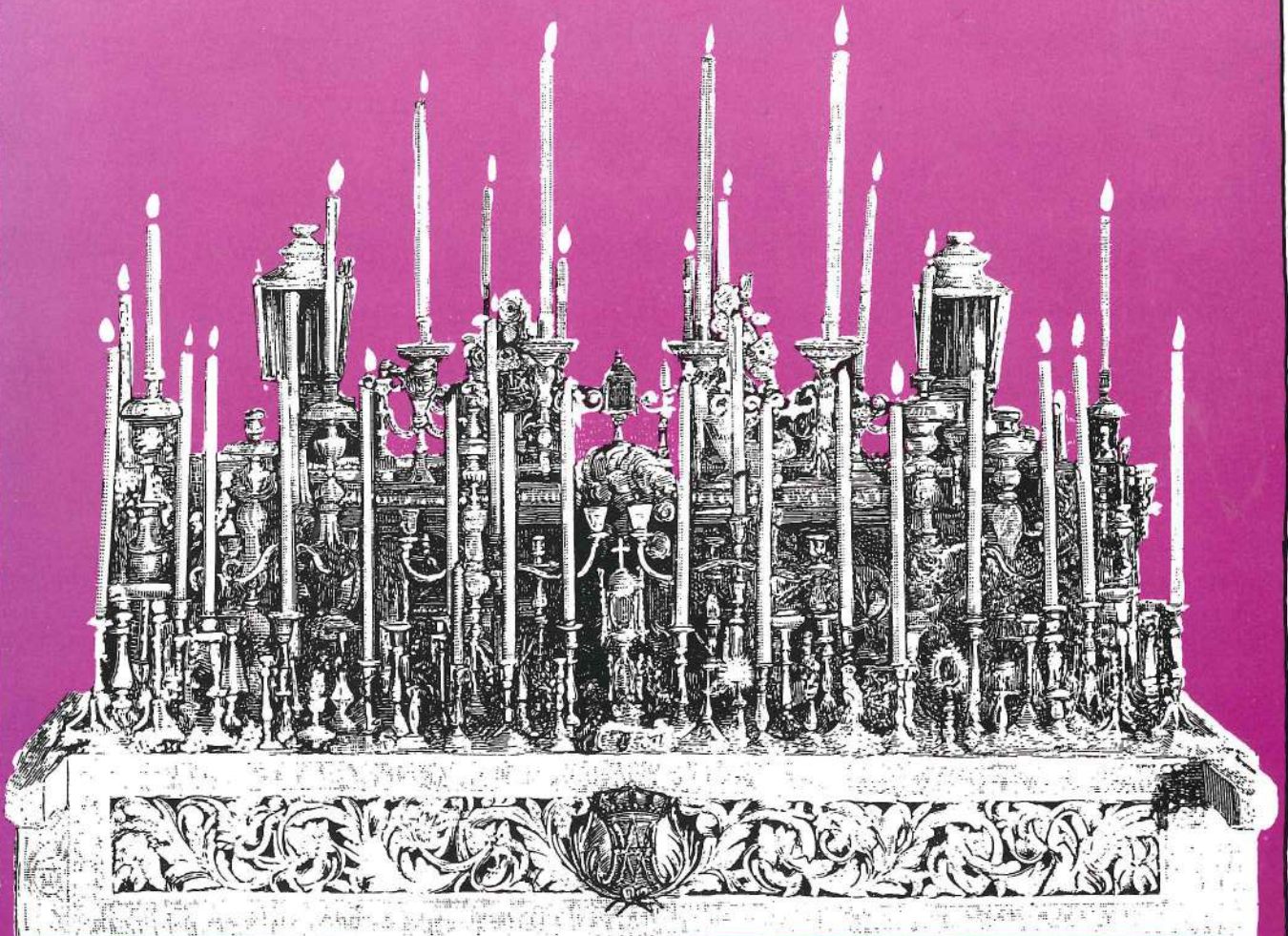


P R E G O N D E



Granada, 1992



**PREGON OFICIAL
DE LA SEMANA SANTA
DE GRANADA
1992**

DR. JOSÉ LUIS PÉREZ-SERRABONA GONZÁLEZ



ACE dos años inicié el Pregón de la Cofradía de los Gitanos de Granada con unas palabras que hoy quiero repetir.

Todos recordamos el verso que un poeta sevillano dedicó a un Cristo muerto en la Cruz para definir lo que es una saeta:

*Cantar del pueblo andaluz
que todas las primaveras
anda pidiendo escaleras
para subir a la Cruz.
Cantar de la tierra mía
que echa flores
al Jesús de la Agonía
y es la fe de mis mayores.*

Como un cantar andaluz quisiera hacer mi Pregón, cantor de una buena gente que llora los Viernes Santos granadinos, desconsoladamente, a quien acaba de matar.

Con esa fe que me dieron mis mayores (aquí están) desde esa fe que también es la de mis hermanos (y que ojalá sea la de mis hijos) quiero hacer este Pregón; la fe que comparto, en hermandad con mis mayores cofrades que tanto me enseñaron y con otros hermanos, menores todos de otro Mayor que tenemos atado a una columna en calle San Juan de Dios, y que se convierte en Padre. Desde esa fe que me permite llamar Madre a una

*Imagen Dolorosa
con penas y sinsabores
que es calle de San Matías
espera todos los días
al Hijo de Sus Amores*





que me hace postrarme casi ante esa Virgen Granadina que baja las cuestas de la Alhambra con un cuerpo inerte en su regazo y que me hace vestirme de gala todos los Septiembres para llevar sobre mis hombros, aunque sean quince pasos, en peso sus Angustias. Desde esa fe heredada también de quienes no conocí que me hace crucificar cada cuatro años, con capa y cruz de Sepulcro a un Cristo que es familiar y punto de unión y encuentro. Desde esa fe que cambia el chapin o la sandalia o el pie descalzo del principio de la primavera, por el boto que se hunde en las arenas frente a su Ermita en tarde también procesional en la que unos grandes peregrinos me hicieron tomar de nuevo un báculo para llegar (yo, que soy penitente hecho romero) a recibir su Rocío de paz y esperanza.

Desde esa fe quisiera hacer este Pregón, que ha de ser una saeta lanzada al aire de Granada (desde su corazón) y con la más clara intención de herir a quien lo escuche; una flecha que se clave en el corazón del dormido penitente de una noche, en la mente del Cofrade atormentado; en el músculo oxidado del costalero de oficio o en el alma de quien presume por ponerse una mantilla. Esta saeta, esta flecha quiere mover al Pregonero, y a quien lo escuche, y a quien ahora pasea por las calles de Granada y a quien sale del Templo en estas horas, a quien ha venido a oírnos y a quien se ríe desde muy lejos, a vivir el drama que se avecina que nos hará Crucificar a un hombre bueno que muere de nuevo por nosotros y a pesar, aunque sea unos instantes en el porqué durante una semana, se para la Ciudad por la noche y sus calles, abandonadas de coches y de ruidos, se ven inundadas por masas de ilusionados jóvenes fajados que sufren con gesto alegre, de severos penitentes en hilera que no dejan ver más que sus ojos penetrantes y brillosos cuando no inocentes o maravillados por lo que ven desde el antifaz; de mujeres ataviadas con largo velo negro, bordado primorosamente, que rezan el rosario por las calles preocupadas porque algún monaguillo jugetón (quizás su hijo) puede romperles o quemarles la filigrana en su ir y venir por un pavimento por el que corren dos filas de cera que van consumiéndose en honor de quien avanza, con sencilla solemnidad, desde Su Iglesia hasta la Catedral y otra vez, hasta otro año, a Su Iglesia.

Saeta o flecha. Grito mal entonado del Pregonero. Ya no existen los antiguos Pregones de Juanico el Lañor, del Cojo Yerbatero, de Paco el Soga, del Zapatonos o de Antoñico el Polinario o Salvador, gritando vidriosos, manzanilla fina, espinacas y cebolletas, tortas de la Alhambra, cebá tostá o harina de habas o bellotas "durses como armendras".

Ahora los pregones, casi solo de Semana Santa (Rocío o Corpus) son carteles en los escaparates de una Ciudad, columnas en los periódicos, cuñas radiofónicas, boletines que se reparten en Casas de Hermandad, revistas que ilustran a los viajeros y sobre todo inigualables discursos bellamente estructurados, encargados a sabios cofrades, pronunciados en este teatro (como el extraordinario de Francisco Gómez Montalvo o el de Juan Bustos o Enrique Seijas); surgidos desde el púlpito de un Convento recoleto (como el de García Román) o desde el de un colegio centenario (como el de Gerardo Entrena, mi Mayordomo) o largamente esperados (como el de Caballero Bonald). Hoy son eso los Pregones: Profundos, reflexivos, bellos y salidos de la boca de personas eruditas.

Quizás no esté de más, entre tanta ceremonia, que un charlatán, no más, se atreva a subirse a esta Tribuna del Teatro de la Ciudad a, con jerga vocinglera,



hacer como mejor puede su Pregón, rodeado de su familia, sus amigos y sus hermanos cofrades.

Conocéis sus intenciones. Conocéis su fe. Sed generosos y disculpadle pues, si cumple mal el encargo de Pregonero. A otros se le recuerda (yo lo he hecho) y no era tan buena la mercancía que pregonaban.

Si me falta el saber, la elocuencia, el verbo, la profundidad o la larga historia cofrade de otros que me preceden, nadie es capaz de aventajarme en corazón ni en ganas ni en el cariño que he puesto al hacerlo. Váyase lo uno por lo otro.



SALUTACION

Queridos Cofrades de Granada, hombres y mujeres de esta tierra que venís en el primer domingo de Cuaresmo a oír a quien hace de telonero de la Semana Santa.

Queridos hermanos mayores y miembros de las Juntas de Gobierno de las Hermandades y Cofradías que se han fundado para honor y gloria de Jesús y María en sus advocaciones.

Queridos miembros de la Real Federación de Hermandades y Cofradías, que dirigís nuestras actividades.

Querido antiguo presidente de esta Institución que has colocado tu grano de arena en hacer esta obra más grande.

Queridos antiguos Pregoneros que me habéis precedido en esta honrosa tarea o pregoneros de los Medios de Comunicación que tenéis el encargo de transmitir a esta Ciudad y al mundo, nuestro testimonio.

Querido Presidente de honor, Antiguo Hermano Mayor mío y Antiguo orador en esta tribuna con un pregón que hoy sigue vigente.

Reverendo Padre Delegado de Hermandades y Cofradías.

Querido Consiliario de la Federación que orienta con tino y persuasión nuestras decisiones.

Excmo. Sr. Gobernador Civil.

Excmo. Sr. Alcalde.

No puedo ocultar la extraordinaria satisfacción que sentí el día en que los entonces responsables de la Real Federación de Cofradías de Semana Santa de Granada, me propusieron hacer el Pregón Oficial de este año 1992 y me hicieron entrega del nombramiento de Pregonero. Para ellos debe ser mi sincero agradecimiento como para quienes me animaron a aceptar y me han animado durante estos dos meses escasos en los que la tarea que ahora culmina ha ocupado mi tiempo. A aquel Presidente, bien intencionado y a su Junta, mi extraordinaria gratitud que hago extensivo a los nuevos federativos que organizan este acto; a quienes han estado a mi lado colaborando conmigo o supliendo mis ausencias, o dándome calor cuando los acontecimientos me hacían caer en desánimo.

A todos, y a los presentes, gracias por confiar en alguien que no es el prototipo del semanasantero granadino o andaluz, amigo de reuniones, ni hombre de muchos inicios de hermandades, ni cenáculos ni mentideros, ni de varios hábitos. Me encontré con la Semana Santa cuando con mi hermano Manuel pasábamos aquellos días en casa de nuestra abuela, en la calle Reyes y luego, con mis otros dos hermanos, Fernando y Javier, nos instalamos en una tribuna centenaria de escalanos que hay a la puerta de San Matías y que siempre





hemos preferido a la que hay en la puerta del Ayuntamiento, de la que no soy muy asiduo.

A finales de los años 60, ingresé en la Hermandad de Paciencia y Penas, animado y secuestrado por un Nazareno de Plata y Cofrade de Oro, que es Paco Gómez Montalvo y en ella estoy desde entonces, ocupando, desde hace cuatro años, el puesto de último de los hermanos, de hermano mayor, siendo gobernado por la Hermandad. Tan sólo salí en mi vida en esta Procesión (salvo una representación un año en el Santo Entierro) y presumo de ser también miembro de la Hermandad del Cristo de la Misericordia y de la Cofradía Universitaria. Pero nada más. Esa es mi pobre alforja cofrade que llevo, además con un pregón que dí a mi hermandad y con otro que hará pronto dos años pronuncié en el Sacromonte y dos exaltaciones marianas que hice el año pasado a la Virgen de la Consolación y a la de la Victoria. Muy poco, ya lo sé. Pero cuando se me llamó insistentemente para este cometido, naturalmente que dije que sí pues tengo la oportunidad de abriros mi corazón y si entono mal la pieza, o si la pieza es mala, vosotros tendréis buenos oídos o por lo menos quien ha estado en esa Cruz lo entenderá como una oración, eso será a fin de cuentas mi pregón.

Permitidme que no diga nombres propios en toda mi intervención. No quisiera olvidar a ningún imaginero, a ningún tallista, a ningún saetero, a ningún cofrade, a ningún hermano mayor, a ninguna florista, a ningún capataz, a ningún consiliario, ni a ningún obispo que lo merezcan. Son muchas las gentes que han hecho esta Semana Santa y no quisiera ser injusto. Ni siguiera debiera decir, por esta causa, el nombre de un cofrade que se nos fue este año, José Ocaña, el Sota, punto cardinal de la Semana Santa y la vida granadina, pero si lo citara no podría dejar de hacerlo con Antonio Jiménez Capilla, Mayordomo de mi Hermandad, y Pilar Aranda, Camarera que también se nos fueron. Y ahí los veo, por eso no tengo que nombrarles, a Pepe con su capa y su sonrisa bonachona e irónica; a Antonio, discreto y señorial, y a Pilar, aplaudiendo Don Hermano, como me decía en todas las ocasiones. En ese palco de honor que está fuera de este techo nos están mirando y ojalá intercedan por nosotros.

Soy consciente de que voy a pregonar ante una Iglesia que ha cumplido cinco siglos en esta tierra de pregoneros, en la que nuestro alcalde hizo el primer pregón desde el balcón del Ayuntamiento el segundo día del año y me recordaba que hacía 500 años se refundaba en Granada la Iglesia de Cristo, con sus gritos de Granada y su invocación a los ínclitos Reyes Católicos.

Quien nos iba a decir a tí y a mí, querido Alcalde, cuando coincidimos hace tanto tiempo en las aulas universitarias de la Facultad de Derecho que al cabo de los quince años íbamos a coincidir en un acto como éste, yo pregonando humildemente la Semana Santa (la mayor ilusión de un cofrade) y tú presidente el acto como alcalde de la más bonita ciudad que existe.

Cinco siglos de actos religiosos, de procesiones, de devoción sincera de un pueblo vivo; cinco siglos de amores a la Virgen de las Angustias, quizás al principio la Virgen de la Antigua y al Corpus Christi, a Jesús Presente y Real que, con igual ceremonial que entonces recorre las calles de esta Tierra una vez al año deteniendo la diversión, la loca diversión, que los granadinos tienen obligación de llevar a cabo en medio de sus fiestas y su feria.





Nuestro compromiso de hace 500 años, se renueva en cada época y hace poco en el Sínodo que ha alentado la Iglesia granadina, que nos advierte y nos condiciona al futuro.

Soy Consciente de ello.

Hoy suenan los cohetes porque en Granada se celebra la festividad de un Santo que nació en 1495, recién conquistada Granada. No hablaré de él, aunque me hubiese gustado hacerlo. Fue pastor, soldado, buhonero y a los cuarenta años se convirtió y, patrón de hospitales y de enfermos, vivió en esta Granada en sus primeros años de la época moderna. San Juan de Dios, el hermano de los pobres y de los desgraciados, perseguido por la Inquisición y por los Letrados, tomó su Cruz, que fue Granada, y siguió tras el Salvador, mirando su Cruz, está en el paso de palio de mi hermandad, y en su hospital hay un enfermo al que yo acudo a visitar con frecuencia (esta mañana lo he hecho) que tiene un mal del que no sana. Está atado a una columna cuidado por sus monjitas pero no se le vé mejoría. Si acaso está más triste todavía.

San Juan de Dios, Copatrono de esta Ciudad, se dio en cuerpo y alma a los demás desde su situación de limosnero, con el desprecio primero y con la admiración después y su obra aún sigue en Granada y en el mundo. cuando murió tardó muy poco la Iglesia en canonizarlo, fue beato a los ochenta años de su muerte, y la Iglesia nunca ha sido muy veloz para estas cosas, más bien prudente.

Quiero hoy recordar a Juan Ciudad Anarte, San Juan de Dios, por hablar en su festividad y porque fue en aquella época en que andaba haciendo el bien por Granada, por su Cruz, cuando se fundaron las primeras cofradías de Semana Santa.

Pero vengo a pregonar una obra de este tiempo, no el recuerdo de un pasado que se ha detenido en un lienzo o que evoca el anciano que cuenta historias que oyó a su abuelo. No vengo a pregonar a la Semana Santa de los siglos XVI, XVII y XVIII, cuyas cofradías son un pasado que Granada casi olvidó. Son nuestro origen, que estudiamos y en el que profundizamos. Es nuestro más remoto ayer, que imaginamos en esa Ciudad distinta y no sé si mejor. Peo, reconozcámoslo, no hemos sabido conservar bien ese pasado y, tras muchos años de abandono, a veces siglos, hemos tenido que volver a fundar las hermandades; por eso nuestra fe y nuestro espíritu es centenario pero nuestras Cofradías no, al contrario de lo que ocurre en unos lugares de Andalucía. Nuestras Imágenes de entonces son las mismas que hoy procesionamos. Y quizás también desde los mismos Templos, pero otras ni siquiera existen porque a fuerza de no conservar las tradiciones, hasta hemos destruido o quemado las Iglesias en poco más de tres siglos.

Ya no pueden pasearse por las calles el Santo Encierro, de San Jerónimo, el Cristo Atado a la Columna, de San Cecilio, o Cristo recogiendo la Túnica, del Salvador, y no son más que evocaciones (o edificios públicos), el Convento de San Francisco, o el del Carmen, o el de la Trinidad o el de la Merced o el de la Victoria, o la Ermita de los Mártires Cosme y Damián o, sin ir más lejos, las Iglesias del Salvador, San Bartolomé, San Luis, o Santa Paula, y mañana, quizás, la de San Bernardo o cualquier otra.





Serán las mismas imágenes, las mismas Iglesias, tal vez, pero es otra Semana Santa, más nuestra quizás, más próxima, carente de una tradición secular, creada en este siglo, pensada por hombres y mujeres de nuestro tiempo; una Semana Santa que surge como respuesta a una necesidad sentida. No estamos aquí porque hemos recogido el testigo de nuestros antepasados más lejanos solamente. Esta Semana Santa la hemos hecho nosotros. La estamos haciendo nosotros y nuestra tarea es evitar que decaiga como en otras ocasiones, es evitar que muera y que otros tengan que hacerla resurgir. Nuestra Semana Santa, en fin, heredera de viejas tradiciones, de antiquísimas devociones, de estilos centenarios es una Semana Santa del siglo XX que apenas está cumpliendo setenta y cinco años en Granada.

Esa es la Semana Santa de hoy y de Granada, la clara expresión de la devoción popular, de la piedad popular que es "el modo peculiar que tiene el pueblo de expresar su relación con Dios, con la Virgen y con los Santos"; paseando con ellos por las calles, llevándolos hasta las puertas de sus casas, rezándoles con notas de flamenco, cantándoles con versos inventados que surgen del inocente corazón del pueblo llano que al no saber qué hacer, incluso aplaude (y es una oración que brota del alma) al ver a un Crucificado doblar la esquina. Las Cofradías de Granada, las Cofradías del siglo XX, reconocidas por los Obispos andaluces, criticadas en los Documentos Sinodales, con actitud misionera, con vocación evangelizadora y fomentadoras de la comunión eclesial, tras un año de actividad que abarca mil facetas, llegan a su punto de destino, a su meta, a su razón de ser, cuando en la Semana Santa saquen a sus Cristos y a sus Vírgenes por el suelo granadino. Y eso es así porque así lo quieren ellos, porque así lo quisieron quienes crearon las Hermandades porque así lo queremos. Que no nos digan que la procesión es lo de menos, no nos lo pueden decir: nuestra actitud fraternal ante nuestros directores espirituales, nuestros actos de caridad, nuestro cuidado a la hora de elegir los directivos, nuestros cultos mismos, nuestra manera de vivir (nuestra nueva manera de vivir al ser cofrades) se basa en que pertenecemos a una asociación cuyo fin distintivo del resto de las que existen, es que una vez al año salimos a convertir a la Ciudad, a hacer catequesis, a que nuestras calles se impregnen del Mensaje Nuevo. No podemos entendernos sin procesión, sin acto público de culto, sin mimo y devoción sincera a nuestros Titulares por entre las muchedumbres, salidos de sus Iglesias (muchas veces cerrados demasiadas horas) y cerca de nosotros, que podemos casi tocarlos, y hablarles en confidencia, o ir sufriendo, sacrificadamente, al mismo paso del Cristo, por una nueva calle de la Amargura.

Esas son nuestras Cofradías, que yo voy a pregonar, las que nacieron en Granada recién nacido el siglo XX. No pretendamos, tampoco, por eso, comparaciones, ni imitaciones sin más. Seamos como somos, nosotros mismos, distintos, y cada vez mejores. Sin complejos ni altanerías, humildes, y satisfechos; respetuosos con el pasado, pero modernos; dispuestos a aprender de otros, sin despotricar de lo nuestro; andaluces, hasta lo más profundo; pero también granadinos.

En el año 1917 se fundó, oficialmente, la primera de estas nuevas Cofradías, la del Vía Crucis. Cofradía Decana que este año celebra su 75 aniversario. Seguidora de las tradicionales Vía Crucis que se hacían en el Albayzín, o en el Sacromoente, en ese año un grupo de vecinos del Albayzín y miembros del Círculo Católico "El Salvador", fundan esta Cofradía que hace, desde entonces el ejerci-





cio del Vía Crucis desde su Iglesia hasta la Catedral, deteniéndose en las catorce Estaciones que en otros tantos altares son montados en su recorrido, hoy del centro de la Ciudad, ayer (y ojalá que también mañana) por las cuevas albaycineras. Jesús de la Amargura con la cruz de Taracea a cuevas, sale ahora del pie mismo de su albayzín y tras él, la Virgen le sigue presurosa anegada en un mar de Lágrimas de tristeza. El tiempo ha hecho que esta Cofradía haya tardado en que le hagan lugar definitivo en la posada y ha conocido nueve Templos, ha perdido casi sus enseres, pero es cierto, siempre ha contado con sus hombres; ha variado su recorrido, y su día de salida, y ha tenido que sustituir sus imágenes. Pero ello nos ha dado el ejemplo de perseverancia, de constancia y de trabajo que nos dan los mayores, y cada vez a más, presume de su historia y yo creo que de su futuro, que es y será así por los hombres que la forman y la han formado, a quienes debemos ese inicio de nuestra nueva Semana Santa, que no es de beatos, ni de capillistas, sino de hombres y mujeres que han necesitado algo más en sus vidas, hombres y mujeres sencillos, de la calle, que fueron, con el tiempo, creando sus hermandades.

En los años 20, los años en que en Granada se pasean los primeros automóviles y acaba de terminar una guerra mundial, un grupo de funcionarios de Hacienda funda la Cofradía del Cristo de la Misericordia, que también será luego la de los soldados artilleros, la de artistas, la de los médicos... La Cofradía de una Granada señorial que apaga sus luces a las 12 de la noche del Jueves Santo para, extasiada, ver al Cristo Misericorde, pálido y trémulo, rozar los balcones y los antepechos de sus fachadas. También se funda la Cofradía del Santo Sepulcro, con carácter de oficial, cuyo Hermano Mayor es el Rey de España, que en la tarde de los Viernes Santos, formada la hermandad por el pueblo y sus autoridades, acompaña a un muerto en una urna de cristal, seguido de una triste madre, rodeada de cariño y de fervor pero inmensamente sola.

Los católicos granadinos de esa época quisieron recuperar sus viejas devociones y así resurgen la Cofradía del Rescate, que nos hace recordar el prendimiento de Jesús, o la de la Soledad y Descendimiento del Señor que, ahora, desde San Jerónimo, logra conjugar el impresionante realismo de una talla que representa a Cristo muerto, portada la sábana sudario por José de Arimatea, José Nicodemus y San Juan, con la figura viviente de la Virgen María, la Magdalena, que mereció el perdón, María Salomé y María la de cleofás, las mismas que le lloraron cuando llevó la Cruz, ahora le acompañan hasta el Sepulcro en una procesión que conserva el sabor de lo antiguo y lo solemne. Nuestra Señora de la Soledad, Virgen Jerónima, y por ello, imponentemente rigurosa, triste y profundamente granadina, de blanco rostro y manos cruzadas, sigue, en magnífico paso y con ricos bordados de oro y pedrería a las sencillas angarillas donde va el que estuvo Crucificado.

También un grupo de devotos de los jueves eucarísticos y del Realejo fundaron, aquellos años, dos Cofradías que se erigen en el Convento Dominicó, eje de la Semana Santa Granadina: La cofradía de la Santa Cena que reúne en su gigantesco "Paso" a Jesús cenando con sus discípulos, incómodamente sentado en una esquina el traidor que le entregaría después y la cofradía de la Humildad, en la que Cristo Rey es coronado de espinas, echado sobre sus espaldas un manto púrpura y para mayor escarnio puesto en su mano izquierda una pobre caña que hace de cetro. Siempre con él la Virgen, sola ya, presagiando su





tragedia, con un sudario blanco en las manos, tras un Cristo que Granada llama con afecto y familiaridad el Señor de la Cañilla, y dolorosamente alegre, tras el cenáculo; la Virgen de la Victoria que es una dolorosa granadina que aún no tiene lágrimas en sus mejillas, aunque sí en su corazón, roto desde el momento mismo del Nacimiento del Redentor, una Virgen generosa que permite llamarla Madre, una Virgen que perdona.

Los banqueros crean también su Cofradía, la de la Virgen de la Esperanza, que llega unida a esa profesión en nuestros días, y que a veces salió del palacio de la Audiencia, a donde le llegaría el rezo de los justiciables, que en el color verde de su palio o su manto cifraría la ilusión de su perdón o de su pena; y como una rama de la Archicofradía del Rosario, cuyos primeros hermanos fueron Isabel y Fernando, se crea Cofradía de Semana Santa, con esa misma advocación, que lleva por acompañamiento musical primero las cuentas de los rosarios golpeando los varaes, como las olas del mar, en un continuo ir y venir, golpean las quillas de las embarcaciones mientras los marineros cantan la Salve.

Así nacieron las hermandades de los años 20, con espíritu fraternal que las hizo unirse en Federación de Cofradías, que pervive hasta hoy y que, por supuesto, no puede limitarse a editar un cartel, un programa, o a organizar un Pregón de Semana Santa; o a coordinar los múltiples actos, Vía Crucis, Pregones, que son oraciones, carteles y revistas, cuantas más mejor, que no existe sólo para poner sillas, y la tribuna ni para admitir a nuevas hermandades y fijarle su itinerario, que no es una organización de técnicos o expertos, sino que debe ser hermandad de hermandades, ejemplo de convivencia en opiniones dispares, foco de formación y luz orientadora de nuestra fe, con su consillario al frente. Mirando a la Real Federación de Cofradías se ve a nuestras hermandades y de ahí la responsabilidad de este organismo que debe trabajar como un solo hombre, sin rencillas ni disgustos entre sus miembros, que a fin de cuentas son representantes de sus hermandades, con solidaridad mutua, con perdón fraterno, con amor cristiano, con espíritu cofrade.

En 1928 Granada resurge: un gran movimiento comercial, el florecer de la industria azucarera, la multiplicación de casas y construcciones y la llegada masiva de turistas que se acerca de todos los rincones de España para adentrarse en sus Monumentos árabes y cristianos o para disfrutar de una Semana Santa singular, recomendada por las revistas de la época, viendo al Cristo del Salvador por el Albayzín, o el Cristo de la Expiración, el Cristo andaluz, (que derramando Misericordia visita a una Granada enmudecida). Ese año dos devociones de Granada, las dos más profundas devociones de esta tierra, se plasmaron en dos Cofradías de Semana Santa: La Cofradía de los Favores y la Cofradía de Santa María de la Alhambra, sucesora la primera de una Cofradía del siglo XVII, del Señor de los Favores y la segunda, de la Hermandad de las Angustias de María del Convento de San Francisco del siglo XVIII.

Debe verse a Granada, a las tres de la tarde del Viernes Santo, arrodillada año tras año en el Campo del Príncipe, rezando los tres credos y pidiendo con fe los tres deseos, cuando el lúgubre cornetín nos señala la hora de la tragedia y una campana redobla a muerte. Silencio de nuevo en Granada, en tarde de Viernes Santo cuando esperamos que estalle la tormenta o se rasgue el velo del Templo. Es el punto de encuentro, en el que coinciden las generaciones para llorar arre-





pentidas, para rezar esperanzados: la anciana que llevó hasta allí sus silla de anea, y el niño que hoy dejó de comer caramelos para sumarse al ayuno; el matrimonio que acaba de recorrer los Monumentos y el incrédulo que presume de su desgracia pero que, al fin, no puede dejar de bajar la cabeza y suspirar diciendo "Dios mío"; el enfermo que se asoma al ventanal y hasta el turista desde el lejano hotel, que apenas oye las palabras del Obispo.

Antes, con el tráfico cortado en el centro de la Ciudad, con los bares cerrados, con las mujeres de mantilla y los hombres con traje de paño negro o uniforme, con el postre de natillas o leche frita; ahora con el bullicio de la civilización, con las prisas, con la pereza de despegarse del televisor, con el pantalón vaquero o la zapatilla deportiva, quizás con el bocadillo bajo el brazo (rompiendo la norma) Granada acude al Señor de los Favores. Granada llora. Granada reza.

A la noche, desde San Cecilio, el Cristo de los Favores, que pasa todo el año en Santa Catalina, Titular de la Hermandad, convierte a la Ciudad entera en un gigante Campo del Príncipe, en su desfile en el que la dura piedra de Sierra Elvira es cambiada por la frágil madera (que fácilmente arde) y la frialdad de su figura en el centro de la plaza - por la imponente estampa de un hombre recién muerto, ensangrentado el aún tenso cuerpo, con sus rodillas dobladas y vencida la cabeza sobre el hombro. Por las calles del centro va oyendo plegarias que musitan pecadores y devotos y en su cuesta de San Cecilio y en la del Realejo (en su barrio), entre penitentes enlutados, confidencias de quienes viven con él todo el año. Cuando vuelve, en la madrugada, acompañado por la Virgen de la Misericordia, entre rojos de sangre y oros de eternidad (Virgen morena de la Granada más antigua), los balcones se abren de nuevo, igual que los corazones, y las gentes se agolpan en las aceras, igual que los sentimientos en el alma, y vuelve a rezarse al Cristo, que viene muerto en la Cruz del perdón y del amor, y a la Madre generosa que lleva atravesado el corazón por un puñal que todos le clavamos.

Debe verse a Granada el último domingo de Septiembre, acudir a postrarse ante su Patrona. Miles de pies descalzos, gentes de toda condición van a ver a la Virgen en esa fecha en que se acaba el verano en Granada, se estrena traje (como en el Corpus) y se compran tortas y acerolas, vestidos de etiqueta y guante blanco.

Y desde ese año, la decisión de un grupo de Ilustres granadinos permitió que en la Iglesia cristiana que se levantó al costado mismo de las torres musulmanas, se erigiera la Cofradía de Santa María de la Alhambra, Real desde 1931, y ejemplar, desde siempre. La misma devoción que tiene quien se acerca a esa Virgen barroca de la Carrera, con un muerto en el regazo, ha hecho que sean miles los hermanos de esta Cofradía que, ahora, en noche de Sábado Santo, baja desde la colina a la Ciudad...

La multitud sube hasta la Alhambra año tras año, abarrotando sus jardines y sus rincones, se apiña en Bibarrambla o en Elvira, se acerca al Paso de la Virgen, o toca con emoción y deja escapar el más profundo de los piropos. Enriquecida año tras año, la Cofradía resbala el charol penitencial con damasco, crema y azul por entre las olmedas Alhambrenas. Y si emocionante es ver bajar la Virgen por Goméz o, antes, por la Cremallera, o salir por la Puerta del Vino (achicada la





Cruz) o por la de la Justicia (qué ironía) iluminada por bengalas, tanto lo es ver a los granadinos tomarla en Plaza nueva, rezarle en San Matías, vitorearle en Bibrambla, llorar y vibrar con ella en todos los rincones de esta ciudad, como se llora y se vibra en Otoño con la misma Virgen y el mismo Cristo, en pies también descalzos muchas veces y el olor a cera invadiendo el ambiente.

Bendito año 28 en que se crearon estas dos hermandades, sin duda alguna enraizadas en las tradiciones y el corazón de esta tierra. El Cristo de los Favores, el Cristo que más cerca estuvo del Pregonero de este año cuando nació, precisamente en una casa de aquella plaza, por lo que es "greñúo" de nacimiento y la Virgen de las Angustias; en la de Carrera fui bautizado y de la Alhambra, soy hijo y de su cofradía me siento hijo siquiera adoptivo pues hijo soy de uno de sus hermanos honorarios y de quien ha sido su Camarera Mayor durante más de veinte años.

Poema

Años treinta, años de contrastes, malos para la religión católica en España: a la disolución de órdenes religiosas o ausencia de procesiones, siguió otro tiempo de renovación espiritual y fundación de nuevas Cofradías. Los granadinos no habían dejado, sin embargo de acudir los Viernes Santos, al Cristo de los Favores, y de los alumnos escolapios, de entonces y de antes, surge la Cofradía del Cristo de la Expiración y la Virgen del Mayor Dolor, a quienes los niños que empiezan a hacerse hombres les cuentan sus pequeños problemas, les piden perdón por haber hecho novillos o confidencialmente les confiesan haberse enamorado por vez primera. Las bengalas, las hogueras y los humos no son bastante para ocultar la tragedia sobre el Genil granadino por el que se vuelve Cristo en su Cruz, con ojos suplicantes, lloroso el pueblo granadino, y la Virgen que dejó parte de sus Angustias en la Carrera, y los poetas le cantan, en noche andaluza y gitana, hasta por sevillanas, surgidas en una cueva del Sacromonte:

*Vas llevada por las Penas
Vas llevada con amor
Como te mereces Virgen
Madre del Mayor Dolor.*

Un Tercio del Requeté funda la Cofradía de la Virgen de los Dolores, que bajará desde Carrera de Darro, entre luces de San Andrés y dándole al atardecer del Lunes Santo por la Carrera de Darro el color salmón de su manto.

También en esa época los vecinos del barrio más castizo, y más pobre de Granada, con los alumnos del Colegio de Sacromonte fundan la Cofradía del Cristo del Consuelo, enseña y paradigma de las granadinas que llamamos la de los gitanos porque casi todos los habitantes de aquel barrio lo eran y porque a todos nos gusta sentirnos un poco gitanos pues estar cerca del Cristo del Consuelo, ese que viene una sola vez al centro y que conoce como nadie los problemas de aquel barrio y de aquellas gentes. Es tan gitano el Cristo del Consuelo que a veces le hemos puesto mala cara y por no tenerlo de vecino, le hospedamos en una cochera. Es tan payo, que durante siglos los granadinos levantaron cruces para ir a verlo, donde reposa nuestro origen de cristianos, y con él, y para él quiero repetir que los cofrades granadinos vamos al Centro de Granada, al Sagrario de la Catedral, a superar nuestras diferencias, a no hacer distinciones, a sentirnos todos hermanos a rezar el Padre Nuestro:





*Que ya nadie diga nada
que verte solo el silencio.
Es la oración del cofrade
quizás muy mal enterado.
Es la oración de la calle
que recita una hermandad
ante una puerta cerrada.
Es la oración del cristiano,
la de ayer y de mañana
la del Perdón y la Entrega
la del payo y la gitana
la que el Señor enseñó
a la vez que nos amaba,
la que evoca un Dios-Consuelo
con su faz ensangrentada
la que grita el costalero
y la mantilla enlutada,
al pasar por las Pasiegas
o arriba, en Puentequebrada.
El rezo del sacristán
por martinetes y zambras,
del prioste y del Abad
Padre nuestro, nada más.
Es la oración de Granada.*

En el año 43, Pio XII publica "Mystici Corporis" mientras bendice a todas las naciones y en Granada un grupo de cofrades de la Hermandad Sacramental de Santa Escolástica constituye la Cofradía de la Oración de Nuestro Padre Señor en el Huerto de los Olivos y la Virgen de la Aurora, que tiene actualmente su sede en el Convento de los Comendadores de Santiago. Es otra Cofradía del Realejo que hace salir a los vecinos del barrio a ver la Cofradía por las callejuelas o acercarse al centro antiguo por Cuesta del Progreso, sorteando nuevos edificios, casillas moriscas y hasta una molesta higuera que se conserva, y que se resiste a morir y que casi nos recuerda a la higuera que nos daba frutos, del Evangelio.

Al año siguiente, cuando muere Frasquito Yerbabuena, unos jóvenes del barrio alto son los responsables de la creación de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús del Perdón, que atado a la columna en su paso barroco es un retablo que se mueve desde San Miguel y María Santísima de la Aurora, la guapa albaycinera que se ciñe una corona de plata en la que va la historia, pequeña y grande, de sus vecinos, que hicieron donación de su medalla, sus monedas o su cucharilla, para homenajear a su Virgen como donación hicieron de sus trajes dos toreros de esta tierra para hacer el palio.

Al costado del Darro también nace la Cofradía de Nuestro Padre Jesús de la Sentencia y María Santísima de las Maravillas que inundan los Domingos de Ramos, de belleza y profundidad la carrera de Darro. Mientras un Cristo flagelado escucha su condena infame, una Virgen llorosa, triste y resignada, parece venir cantando el Magnificat, ataviada con las mejores galas y joyas que el pueblo le regaló.





Y por aquel entonces, formalmente, se refundará la Cofradía de la Entrada de Jesús en Jerusalén. Aquel año 47 llovió en Granada el Domingo de Ramos pero eso no fue óbice para que con ingenuo paso desfilara Jesús en su pollino entre gritos repetidos de Gloria, palmas y olivos. Y tiempo después, seguido de la Virgen bajo la advocación de Virgen de la Paz. Cuando no se entiende qué hace en la Plaza del Triunfo el Arco de Elvira, puesto allí parece que con capricho, hay que responder que allí debió colocarse para que esa Imagen de Cristo aclamado, rodeado de niños y penitentes, sirviera de cartel de la Semana Santa de Granada.

En los años 50 dos nuevas Cofradías se incorporan, la del Cristo de la Buena Muerte, la de los Ferroviarios, que desde no hace mucho desfila desde la Iglesia de San Juan de Letrán, al lado mismo de la Estación (seguida de la Virgen del Amor y del Trabajo) y la de Nuestro Padre Jesús de la Paciencia y María Santísima de las Penas, la Reina del señorial barrio de San Matías, que un luminoso 13 de Abril realizó su primer desfile procesional que ha sido repetido año tras año con mayor devoción si cabe, en los Miércoles Santos, salvo cuando el tiempo no ha querido permitirlo o en el año 1988, cuando junto con la del Cristo del Consuelo, suspendió su Estación de Penitencia para manifestar, como supo, su disconformidad con la supresión del carácter festivo del día de la Inmaculada Concepción, que, luego, y gracias a la actitud valiente de muchas instituciones y personas (que incluso dimitieron de sus cargos de responsabilidad cofrade) se restableció en España en medio de la presión ciudadana.

Un largo paréntesis, tan propio de esta ciudad, de abandono de unos y de entusiasmo estéril de otros, hubo de existir casi hasta finales de los 70. Ya eran otros tiempos, en el año 77 en los balcones de los edificios andaluces se colocaba la bandera blanquiverde y un nuevo régimen se instaura, con celebración de elecciones, pero los granadinos seguían sintiendo una necesidad religiosa y un grupo de ellos, funda la Hermandad de Nuestro Padre Jesús de Amor y Entrega y María Santísima de la Concepción que tras un largo peregrinar y encontrar puertas cerradas o dificultades insalvables, se instala en el Monasterio de la Concepción. Otra vez el Albayzín, que ya no logra entenderse sin la Imagen de la Concha, como la llaman sus hijos, por entre sus cuestras. Estaba resurgiendo la Semana Santa, se inauguraban escuelas de costaleros y ensayos que llegan hasta hoy y otras dos Cofradías de la Estrella en el alto barrio de San Cristóbal hoy con banda de música y merecido reconocimiento de seriedad y fervor, y la Cofradía Universitaria, la única con tres Pasos, que, entre colores de las distintas Facultades de nuestra Universidad, lleva al Cristo de la Meditación y a la Virgen de los Remedios, que salen de la Facultad de Derecho (donde se gestó esta Hermandad) y al Cristo de la Sangre a cuyos pies San Juan y la Virgen del Refugio escucha las palabras del Salvador.

Y también en los 80, la década de la técnica, la civilización y los ordenadores, los granadinos renovaban su compromiso cristiano y se comprometían al crear nuevas hermandades: en el año 81, la de Jesús Nazareno y María Santísima de la Merced, fundada por un grupo de costaleros y ejemplo de tesón, de trabajo y seriedad. Cautiva la solemnidad de Cristo con la Cruz a cuestras, en la clásica advocación de Jesús Nazareno y la Virgen de la Merced, un maravilloso paso de palio, por su barrio, por nuestro barrio, saludada siempre por la Cruz de Guía de Paciencia y Penas, su madrina, formada ya la Hermandad en el Templo que mandara construir el Emperador. Nuestro Padre Jesús Cautivo del Convento de la



Encarnación que muchos años no sólo soportó la lluvia que no dejaba de caer, sino la incompreensión de quienes le negaban asilo, ya desde la Iglesia del Sagrario va hasta su Convento y de allí a la Catedral, en estos años.

El barrio populoso y moderno del Zaidín hace también su Hermandad, la del Cristo de la Lanzada, que incorpora a la mujer bajo el paso, haciendo de costalero. Va y viene la hermandad desde el lejano Zaidín, acompañando a su Cristo y a la Virgen de la Caridad que intentó mediar ante su hijo por la liberación de un preso cuando salía de la Catedral y pasaba por la puerta del Perdón, en la calle de la Cárcel.

Los antiguos alumnos Salesianos, también en el Zaidín, procesionan a un Cristo Crucificado, que toma el nombre del año 1984, año Santo de la Redención, y a la Virgen de la Salud que me quiere recordar a la María Auxiliadora que me escuchó en mis años infantiles en el Colegio del Triunfo. Los fundadores de esta Hermandad, buenos cristianos y honrados ciudadanos, siguen el lema de D. Bosco, "dadme almas y llevaros lo demás" y unen su hermandad, indisolublemente, a la obra del Santo de Turín.

Cristo Resucitado, ausente de nuestra Semana Santa desde siempre, con alguna excepción, será el Titular de dos nuevas hermandades, creadas, una en la propia Calle Navas, la más cofrade de las granadinas durante todo el año. Nuestro Señor de la Resurrección y Santa María del Triunfo (con sede en la Parroquia de San Miguel Arcangel, en el barrio Zaidín-Vergeles). Una Imagen Inmaculada vestida de blanco, como sus penitentes que proclaman, con campanillas, la Resurrección de Jesús. Y otra más, la Cofradía del Santísimo Cristo Resucitado y Nuestra Señora de la Alegría, fundada en la Parroquia de Regina Mundi donde la Granada comercial y moderna linda con la Vega antigua. Este año, por vez primera, llegará hasta el recorrido oficial, esta estampa de Cristo saliendo del Sepulcro, como lo hará también la Cofradía del Santísimo Cristo del Trabajo, que con la Cruz a cuestas, se apoya en un tronco para no caer en la larga caminata desde la Parroquia del Corpus Christi. Nuestra Señora de la Luz, vieja talla de la mejor imaginería granadina, camina siempre cerca de Jesús cargado.

Aún los granadinos fundan más hermandades aunque éstas todavía no realizan actos públicos de culto de procesión a la Catedral. Y así, la de Nuestro Padre Jesús Despojado de sus Vestiduras, en el barrio Figares (Parroquia de San Emilio) prepara con paciencia su primer desfile. O se gestan la de Nuestro Padre Jesús Descendido de la Cruz y María Auxiliadora de la Quinta Angustia, o están imaginándose por un grupo de queridos amigos la de Jesús Traicionado por el Beso de Judas.

Ni beatos, ni románticos, ni trasnochados, ni gente rara. Hombres y mujeres de Granada, hombre de la ciudad y de sus barrios seculares o modernos, son los que forman las Cofradías, gentes sencillas, gremios, trabajadores, funcionarios, banqueros, médicos. Hombres y mujeres, que se quieren comprometer más y lo hacen como creen que está bien, evangelizando al sacar la Pasión de Cristo a la calle, intentando que llegue a todos, a quienes nos entienden y a quienes nos desprecian; a quienes se ríen de nosotros y a quienes vamos convenciendo; a los cercanos a las Iglesias y a los alejados, a los Zaqueis que nos miran de soslayo, y a los que abandonan a su familia, toman su cruz y le siguen. Y que salen a rezar,





sencillamente a eso, a rezar, por todos, por las calles de esta ciudad en la que vivimos pensando que no, el Cristo que paseamos y la Virgen que le sigue no es nuestra sino de todos pues a todos vino Cristo a salvar y entre esos todos estamos también nosotros los cofrades, que somos parte (y no fleco) de una Iglesia que fundó un Cristo que vino a salvar a todos.

Cristo vino a hablar con todos, a consolar a todos, a salvar a todos: al dueño del asno que le prestaron para entrar en Jerusalén y **sobre todo**, los fariseos; a la viuda que entregó su óbolo con discreción y, **sobre todo** al rico fanfarrón que alardea de su limosna; a las mujeres que lo seguían, y **sobre todo**, a los mercaderes del Templo que convirtieron su Casa en una Cueva de Ladrones; a los niños que se le acercan inocentes y, **sobre todo**, a los pontífices, a los escribas y a los ancianos que lo condenan; a Marta y María; a Pedro, nuestro Pastor, y **sobre todo**, a Herodes, y a Ana y a Caifás, a Dimas y al ladrón que lo desprecia en el Calvario; a quienes sana porque tienen Fe, y a quienes se escandalizan porque cura en Sábado; a quien seca su rostro sudoroso y a quien latiga su espalda; a Simón de Cirene, que le ayuda, y a quien clava sus manos al madero; a quien corta la oreja de quien viene a detenerle, y **sobre todo**, a quien se arrepiente de haberlo vendido con su beso; a quien llora al pie de la Cruz y a Longium que atraviesa su costado; a quien pide que acabe pronto su suplicio y, **sobre todo**, a quien moja la esponja en el vinagre; a quien embalsama su cuerpo, y **sobre todo**, a quien se mofa de su resurrección; a los doce apóstoles y **sobre todo**, a Tomás que no cree; a los pastores que lo adoraron en el pesebre y **sobre todo**, al otro Herodes que mató a los inocentes; a los Magos de Oriente, y **sobre todo**, a quien le negó la habitación en la Posada; al hijo pródigo de la parábola, y **sobre todo**, al hermano que ofendido no fue a la fiesta del reencuentro, a quien intercedió por él, y **sobre todo**, al cobarde que se lavó las manos; al que lloró algo antes de que cantara el gallo, y **sobre todo**, a quien gritaba crucifícale. A los que caminan en procesión por la Calle de la Cárcel, y a quienes no los entienden; a quienes pasan un año entre rifas, ensayos y pregones solamente y a quienes no los corrigen; a quienes con su mejor voluntad sacan a sus Cristos y a sus Virgenes por las calles granadinas, y a quienes se ríen socarronamente de ellos, quizás con mala intención; a quienes son auténticos cofrades y a quienes sólo lo son de un día, a quienes saben y creen en lo que hacen y quienes se apuntan porque son bonitas las hogueras; a quienes acuden al acto religioso y a quienes con su ausencia hacen que éste no pueda celebrarse; a quienes caen y se levantan y a esos vestidos de nazarenos de Machado; a los de las primeras bancas, el confesionario, la comunión y el sacrificio (benditos ellos) y **sobre todo** a los alejados que pueden ir debajo del Paso (y están por tanto muy cerca) o que no se atreven más que a santiguarse y a llorar cuando el Cristo les sorprende en la calzada de la calle Elvira. A unos, y **sobre todo**, a otros; a todos.

No excluyamos a nadie. Que nadie nos excluya.

Granada se convierte, durante una semana, en una inmensa Catedral que va desde el antiguo barrio de San Lázaro (y ojalá que pronto, desde más atrás, desde la Chana) hasta el Zaidín; desde la Vega hasta el Sacromonte; desde la plaza más alta del Albayzín hasta los puentes de Monachil. En su centro se alza un Altar Mayor que la Iglesia Metropolitana hasta la que peregrinamos y que encontramos cerrada. No es lo más importante de nuestra Semana Santa el que año tras año encontramos una nueva negativa; no es lo más importante, desde



luego, pero es lo más incomprensible. No creemos que sea un castigo, ni conocemos las razones, que debiera lucharlas, para no permitir que unos cientos de penitentes lleguen a rezar hasta el Sagrario y vuelvan a salir quizás por puerta del Perdón en calle de la Cárcel o quizás por la de la Visitación, junto a la Puerta Principal en Pasiegas. No es la fotografía fácil lo que buscamos, ni la bella estampa que se repite en otras ciudades, si es así hacéis bien en cerraros la puerta, queremos sentirnos más cerca del altar, queremos rezarle a Cristo por la calle pero pudiendo entrar en su Templo que no vamos a convertir en una Cueva de ladrones; sin quedarnos fuera, sin tener que rezar a gritos en la plaza; conjugar la fe de la calle de una vez al año, con el rezo ante el altar que inspira. Somos los mismos que vamos a la Catedral a los Oficios religiosos o a la Misa del Gallo, los que pedimos entrar en Semana Santa. No vamos a ver las pinturas ni las enormes columnas, ni la magnífica arquitectura, ni a hacer fotografías, ni a oír un concierto de órgano. Sólo vamos a rezar. Por eso añado mi pobre voz a esa petición repetida y añeja; con respeto y con contundencia quiero pedir otra vez que cuando llegan a sus puertas las procesiones, no se cierre la Catedral de Granada a cal y canto.

Granada hecha Catedral repite por sus calles, que son como Capillas, escenas de la Vida y de la Pasión de Jesucristo; es el Evangelio en la calle; somos sus testigos esa Semana y nos proponemos no dejar de serlo nunca. La procesión es casi como otra vida pública de Cristo, tantos años preparándose para sólo salir tres, apenas nada, por las calles y las plazas de otra Granada, por sus cuevas y placetas, por sus Templos muchas veces cerrados por el centro de la ciudad y por los montes y collados, junta al mar, por los ríos y los bosques. Y me imagino a otras gentes apiñadas por verlo pasar y la vieja que lo bendice y al enfermo que lo desea y a la pecadora que lo esquiva. Y El quizás resucita a la suegra de Pedro, cura al siervo del centurión, al paralítico que le es presentado en camilla, a la hija de Jairo o al muchaco poseso.

Jesús, el hijo del carpintero que instruye a sus discípulos, que cura a los enfermos, que hace señales, que predicó en Galilea, en Tiro y en Sidón, seguido de una gran muchedumbre llegó hasta Judea y se dirigió a Jerusalén con sus doce discípulos y les advirtió "Mirad, entramos a Jerusalén y el hijo del hombre será entregado a los Pontífices y escribas y lo condenarán a muerte; lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen, pero al tercer día resucitará".

Le trajeron una borriquilla atada y un pollino, se subió en ella y entró en Jerusalén, entró en Granada, vestido de blanco, descalzo, con un manto rojo en sus espaldas, el rostro sereno y bendiciendo a quienes le aclaman. La ciudad se conmueve, por la mañana, en Bibrrambla, al igual que por la tarde en Elvira; se agitan las Palmas entre Hosannas y Vítores; los niños vestidos de hebreos, los dueños del Reino de los cielos, sonrían mientras los penitentes le ponen derecha la palma que casi arrastran; el suelo es de clavel rojo, velas encendidas, corazones alegres y otra vez la primavera en Granada. No pueden entender los doce qué es lo que les habría dicho. El pueblo le canta, se abarrotan las aceras para verlo, le aplauden cada vez que camina unos cuantos pasos en Gran Vía. Todos están conmovidos. Las bengalas y las luces alumbraron su llegada. Y entre la multitud que le sigue alborozada, vestida de nuevo y entusiasmante sobrecogida, con sus hermanos y sus amigos junto a él, y Pedro repitiendo Dios te libre Señor, ¿ves como no te pasará nada?, va su madre, la Virgen que recibe el primer piropo de





Granada en tarde de Paz y de emociones. "Cuando entréis en una Ciudad o en una casa, saludadla y si es digna descienda sobre vosotros vuestra Paz; pero si no es digna vuélvase sobre vosotros vuestra Paz". Por Elvira vuelve con la Virgen, entre bambalinas de oro y seda, vestida de blanco sereno y ya roto el corazón. Jesús ha entrado en Granada.

Y mientras anda por la ciudad expulsa del Templo a los mercaderes, y habla del tributo de César y grita a la multitud que le sigue: Haced y guardad lo que os digan pero no hagáis lo que ellos hacen porque dicen y no hacen. Alargan los flecos de sus mantos, gustan del primer puesto en los banquetes y de los primeros asientos en las sinagogas, de los saludos en la plaza... ¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas que cerráis el reino de los cielos a los hombres!. No entráis vosotros ni dejáis entrar a los que quieren. Desde el borrico, por plaza del Carmen, que es el Centro de Jerusalén, o en las Pasiegas, les cuenta la parábola del siervo prudente, de las diez vírgenes, de los talentos y anunciará el juicio final. con su mano derecha en alto, advertirá con firmeza: Cuando no lo hicisteis con uno de esos pequeñuelos, tampoco conmigo lo hicisteis e irán éstos al castigo eterno y los justos a la vida eterna.

Jesús en la borriquilla es un Jesús enérgico, de espada, de denuncia, que responde con dureza a las aclamaciones. Es un Jesús valiente; es un Jesús provocador; es un Jesús humilde y es un Jesús Rey.

*Jesús ha entrado en Granada,
no se sabe por qué puerta,
por Elvira o por Bibrrambla,
por Romanilla o Pasiegas.*

*Lleva la Virgen su cara
iluminada por cera,
que le ofrece un penitente
o una vela candelera.*

*Lleva la Virgen corona
y diadema de princesa,
y es la Reina de la Paz
ya estalló la primavera.*

*Han sufrido las cinturas
con las fajas costaleras,
los niños le han recibido
con olivo y palmas tiernas.*

*Jesús ha entrado en Granada
no se sabe por qué puerta,
y al llegar a San Andrés
en Granada se nos quede.*

Y Granada se asoma al cenáculo por la ventana de cualquier calle y ve la escena. Jesús cena con sus discípulos en el Realejo. Alrededor de la mesa, con doce panecillos y vino simulado, Jesús anuncia que uno lo va a entregar y el de





una esquina le pregunta temeroso "¿acaso soy yo Señor?" Cuatro de ellos se sobresaltan y se ponen en pie, otro en la esquina, o en la acera de la calle, o en el primer piso de una casa, el que lo va a entregar, el que lo entega a cada instante, pregunta lo mismo, ¿Acaso seré yo maestro? y Jesús, de nuevo enérgico y riguroso, le responde, le responde Tú lo has dicho. Rojo y blanco penitencial los colores del vino (de la sangre); y del pan (de la salvación). En aquel barrio instituye Jesús la Eucaristía: El pan que es su cuerpo y el vino que es su sangre que será derramada, la Eucaristía, que es también la esencia de todas las Hermandades. Ya le había lavado primero los pies a todos ellos y se despedía de todos y todos prometían seguirle. Estaban en un piso allí y en una habitación grande, sobre la larga mesa, el pan y el vino, primorosamente colocados junto a las frutas y el cordero. Allí estaba María, preparando la comida, amasando el pan, preparando la estancia; poniendo el barreño para el lavatorio, oyendo, con el corazón desgarrado, atravesado por el puñal, el anuncio de la traición de Judas, admirándose del nuevo mandamiento y viendo cómo les daba la paz. Jesús ya había sido vendido (hay que matarlo pero duante la fiesta no, para que el pueblo no se alborote). No habría empezado su pasión, pero sí seguía sufriendo María, la Virgen de la Victoria, la que siempre estuvo con él, en su nacimiento humilde en una cuadra, en la huida a Egipto, en las bodas de Caná o cuando es rechazado en Nazareth (¿no es el hijo del carpintero? ¿no se llama su madre María?).

*En Granada hay una Virgen dolorosa
que no llora
que reprime su tristeza y su tragedia
que enamora.
Con sus ojos de princesa nos cautiva
seductora
y nos lleva hasta el hijo que matamos,
Mediadora.*

*En Granada hay una Virgen dolorosa
que no llora
y con gesto de Triunfo y de consuelo,
auxiliadora,
escucha confidencias y pecados,
confesora
de quien busca perdón y compasión,
Remediadora.*

*En Granada hay una virgen dolorosa
que no llora,
amargado, destrozado el corazón por los puñales,
trionfadora.
De mal, la soberbia y la codicia
acusadora.*

*En Granada hay una Virgen dolorosa
que no llora
que sonríe en Santo Domingo, a la mañana,
Aurora,
que es Paciencia en San Matías y en Bibrambla
ruiseñora,*



*Encarnación en Pasiegas, San Antón
Consoladora,
Refugio en la Colegiata, en Elvira Paz
reparadora.
Soledad en San Jerónimo y en Plaza Nueva sonrisa
esperanzadora
que es Merced en las Descalzas y en Darro
Blanca Paloma;
en Molinos y en Santiago Amargura
Salvadora
y en la Carrera, es Angustias, de Granada
protectora.
Su nombre sólo es victoria, Victoria de las batallas
y derrotas.
Reina y Madre de Granada y del Realejo
Señora.
En Granada hay una Virgen dolorosa
que no llora,
que sonríe,
que perdona.*

Llegó a una granja, llamada Getsemam para rezar. Aquí en Granada esa granja es uno de los huertos de la calle Molinos, donde la oración precisamente han hecho una vida las monjas de clausura: el Convento de los Comendadores. Los discípulos se quedaron un poco atrás y Jesús se adelantó con Pedro, Juan y Santiago. Empezó a rezar y ellos durmieron. Primero rezó por él, por el hombre que iba a morir, por lo que se venía encima, por lo que teníamos preparado: si es posible que pase de mí este cáliz. Luego rezó por ellos, porque iba a mandarlos al mundo para que fuesen santificados de verdad. Por tercera vez rezó y ahora por nosotros, por quienes nos congregamos esta mañana en este teatro. A pocos pasos de aquí, en el Getsemam de Santiago, hace apenas veinte siglos lo decía "Pero no ruego sólo por estos sino por cuantos crean en mí por su palabra para que todos sean uno". Sorprendemos la escena instantes antes de que Jesús, por tercera vez, despierte a quienes le acompañan que no han podido aguantar ni una hora sólo, lo que dura una misa, rezando con él. Bajo un olivo con los frutos anunciados un ángel de alas doradas le muestra su camino que él con gesto de resignación y entrega acepta complaciente por salvar a los suyos y bebe el cáliz; y, desde lejos la Virgen de la Amargura, contempla a su hijo rodeado y solo, ofreciendo su vida por los demás y llora al no entender porqué le ofenden con su desprecio, porqué le matarán después, como tantas veces anunció, y piensa en las gentes que se matan y que mueren sin saber porqué, en los niños mutilados, en las mujeres muertas, en los ancianos tirados en las calzadas, o en sus policías, que van tocando "Amargura", que pueden morir a manos de desalmados al volver cualquier esquina. No puede entender la Virgen granadina el mensaje de las armas en el mundo de Paz que predica su hijo; no entiende la violencia, las guerras, las luchas fratricidas, las muertes; no entiende el terrorismo que hace nuestros días, que mata a custodios de la paz y rompe en un llanto generoso que regará a Granada, mientras una banda de música, emocionada, entona el canto de oración, mientras los militares saludan, solemnes y rotos, con sus manos en la sien y en paisanos con el corazón destrozado, pero acostumbándose poco a poco a la situación infame.





Al poco una gran multitud con palos, espadas, con garras y malas formas, llegaron a donde él despertaba a sus discípulos. Judas usó la hipocresía para entregarlo y tras un primer momento de tumulto, de gritos y de miedos, de besos traidores y de iras que Jesús contuvo, las gentes de aquella tierra, los ancianos y los escribas lo hicieron preso como a un ladrón. ¿Dónde estaba la gente que le seguía en multitud, que le aclamaba cuando entró en el pollino?, ¿dónde están los curados y los resucitados?, ¿dónde están los apóstoles incluso que hace un minuto lo defendían con una espada?. Nadie quedó allí con él. Todos huyeron. Y ahí va, con una pobre túnica blanca atada al cinto, la cabeza reclinada, las manos que curaron atadas fuertemente. Cautivo hacia casa de Anás y Caifás.

Pasó por la puerta de los Palacios de Pasiegas por la Catedral, por la calle de la Cárcel y al llegar por el Convento de la Encarnación, oye las llorosas campanas que gimen por el Cautivo. Allí está la Virgen con sus monjas pidiendo al Padre por El. La Virgen está en una capilla de oro bordada por los propios hermanos que intentan consolar a la Señora.

*Campanas de Encarnación
gimen, Domingo de Ramos,
cuando llevan al Cautivo
atadas sus blancas manos
a inmolarlo en sacrificio
por todos nuestros pecados.*

*Tocad, campanas tocad
Gloria al Cristo maniatado
que habrá de resucitar
noche del Sábado Santo
cuando se cumplan tres días
que lo hayan crucificado.*

Falta Pedro, quizás, en el paso; pero Pedro estaba negándolo a poca distancia; hoy cuando no detemos la blasfemia que se dice ante nosotros, también le estamos negando; cuando nos preguntan sobre el crucifijo de nuestro despacho y nos excusamos vagamente, también le estamos negando; cuando votamos una ley injusta o asesina, también le estamos negando, aunque ahora no cante el gallo para recordarnos nuestra traición, que dirá con su ejemplo al responder sin embargo sí, yo soy Cristo. Tú lo has dicho y a su valiente frase siguieron las bofetadas y los golpes de los Pontífices y todo el samedín de los soldados y de cuantos estaban allí humillándolo, que se dirigieron hacia casa de Pilatos.

El procurador romano, cobarde y timorato, le interrogó sobre lo que le acusaban (de alborotar al pueblo) pero Jesús no respondió nada. Los príncipes de los Sacerdotes y todo el samedín le insistían, Pilatos se resistía a condenar a quien no habría hecho ningún mal (su mujer incluso intercedió por Jesús). Crucifícale gritaban todos, crucifícale repite en un coro infernal durante XX siglos la humanidad. Dice San Juan que antes de tomar una decisión Pilatos mandó azotar a Jesús. Los soldados tejieron una corona de espinas y se la pusieron ante la puerta de la Iglesia de Santo Domingo, le quitaron la ropa y le pusieron una caña en sus manos y así sigue en Santo Domingo, humillado, vejado, recibiendo latigazos de un judío que quizás naciera en esta Granada. Es el Cristo de la Humildad a quien sus



devotos le han puesto unas potencias de plata y oro. Cuatro faroles iluminan su débil rostro ensangrentado.

Pero Granada ha imaginado también a Cristo maniatado y presentado al pueblo ricamente vestido. El mismo autor del Cristo de la Humildad talló con delicada gubia otra imagen de un Cristo en pie con las manos cruzadas, el rostro dolorido, los ojos abiertos mirando al suelo para no encontrarse con la turba. Pero este Cristo no va desnudo; los miembros de su Hermandad, una de las de más solera y más antigüedad probada, lo han vestido de Rey. Contrasta la pobre corona de espinas sobre la sien con la rica túnica de terciopelo morado bordada en oro, que es cambiada cada año, o con la defusa del siglo XIX, vestido el Rey de los Judíos, con los mismos colores que sus penitentes que discurren por la Calle Puentezuelas a las puertas de palacios porticadas. Jesús es presentado al pueblo en la plaza de la Magdalena.

En soberbio trono de caoba y plata y un calvario de clavel se presenta al pueblo apiñado a quien dice ser su Redentor. La Orden Trinitaria tenía como principal misión el rescate del cautivo, y esta Imagen que quiere representar el Prendimiento de Jesús se conoce con el nombre de Nuestro Padre Jesús del Rescate, a quien Granada acude en la tarde del Lunes Santo, y en todas las épocas, a pedirle que rescate a este pueblo suyo de la apatía, de la abulia, de la insensatez, de la comodidad, de la incredulidad, del orgullo, de la ostentación, de la tentación; que rescate a este pueblo suyo de este mundo que lo ha hecho cautivo, en el que vivimos atrapados y del que si no salimos es porque no queremos, y Jesús, desde el Trono impresionante con solemne sencillez, repite (el que quiera seguirme que tome su Cruz y me siga) y casi dan ganas de abandonarlo todo (ojalá que alguna vez lo hagamos) y aún sin el moiré rojo ni el capillo escarlata "con un solo bastón y sin pan, ni alforja, sin dinero en el cinturón y con una sola túnica" algunos se incorporan a esta nueva procesión que nos lleva a un Reino que no es de este mundo, tras una Cruz de ébano y plata.

Y la Virgen, mientras tanto, buscando a Cristo. Ya es irremediable. Está sucediendo lo que anunció. María, que ha descansado un poco en el Monasterio de los Bernardos, en la Carrera del Darro, ha salido a buscar a su Hijo entre penitentes vestidos de blanco con la Cruz de San Andrés. Llega a Plaza Nueva y sigue hacia Navas pero no lo encuentra. Al fin lo ve de lejos avanzando lentamente entre rezos y plegarias.

Lleva la Virgen en sus manos tres clavos de plata y un rosario de nácar, tres dolores que le llenarán de pena y cincuenta plegarias hechas con fe y monotonía. Cuando baja, junto al río, al atardecer, el color rosa salmón de su manto, de su palio, de sus faldones se confunde con las rosas del paisaje claroscuro de Granada en esa hora y con el de las rosas, los claveles, los gladiolos y las orquídeas, gracias al esfuerzo primoroso de sus hermanas, han brujado en once jarras plateadas que dan gloria a la Señora. De vuelta hacia el Convento, la Virgen sola, va hecha un mar de llantos y el aplauso de los vecinos del barrio toma el consuelo a su dolor inmenso, y vuelve con sus monjitas de San Bernardo, que cuidarán de Ella, pensando en Jesús, eterna Bondad, a quien quiere acompañar ya siempre. La pequeña puerta del Convento hace que los costaleros tengan que entrar tal vez de rodillas y un nuevo dolor (el de sus hijos) se añade al corazón de María.





Y otra vez martirizan a Jesús. En la plaza de San Miguel Alto, de una Iglesia reconstruída por una Hermandad, sale un Paso que representa al Señor Atado a la columna y ante él, de rodillas, como un costalero granadino, está San Pedro avergonzado, al que un cacareo de un gallo le retumba permanentemente en los oídos. Desnudo, de nuevo, Jesús va atado a una alta columna, flagelado y dolorido. No cuentan esta escena los Evangelios pero yo sé que es así. Y ellos también, y ahí están testimoniándolo los cuatro Evangelistas que van en el paso de misterio para poder decirlo a quien lo dude. Este Cristo es el del Perdón el de la Reconciliación, y su paso con cuatro faroles, es un gran confesionario donde Pedro acude arrepentido de su mal y prometiendo no volver a hacerlo. Pero en esta confesión quien hablaba era Simón Bar Joná, el pescador, el hombre, el pescador arrepentido. Y Jesucristo, el ofendido, le ofrece su perdón, y vuelven a sonar por las callejas albaycineras las palabras de Jesús: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré y mi Iglesia. Yo te daré las llaves del Reino de los cielos y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos y cuanto desatares en la tierra quedará desatado en el cielo. A quienes perdonéis los pecados les serán perdonados y a quienes se los retengáis les serán retenidos" (y nos invita a una confesiva, que a veces no entendemos, a las que nos anima el hecho de que quien perdona, es Dios, pero a través de Pedro, tan pecador como nosotros).

Y este confesionario de madera de pino con el pescador postro y el Perdón atado a una columna nos imita el reencuentro de Cristo cuando pequemos. Y trae hasta nosotros ese mandamiento de la Iglesia que nos hace postrarnos ante un hombre, que representa a Dios y que es Pedro, el pecador que tiene el poder de perdonar. Y es la grandeza de esta Religión que quien cae, puede levantarse, que quien peca, puede obtener el perdón y salvarse, y surge una nueva aurora en nuestro horizonte que es una guapa muchacha, vestida y cubierta de blanco y oro, el blanco de su pureza y el oro del sol naciente de la mañana y de la alegría del reencuentro. En su toldilla van las horas angustias, de miedo y de triunfo de los toreros de esta Granada y bajo los faldones de su paso, el esfuerzo y la alegría de unos sanos costalesros que dan gloria a la Virgen de la Aurora granadina.

*Aurora de Granada nazarena
de toreros Virgen y Madre Soberana
con corona de plata cincelada
que es signo de Verdad y de realeza.*

*Aurora de Granada Albayzinerá
de una Iglesia que es Santa y Pecadora
que reza en oración reparadora
cantando tu virtud y su pureza.*

*¡Ay Madre Redentora, Inmaculada!
lléguenos su Perdón y tu paciencia
si al echarte piropos por las cuevas
siguiendo una costumbre inventada
rompemos la liturgia de esta tierra
al decirte, al rezar, Aurora guapa.*

Tras las respuestas a Caifás y a Pilatos y el silencio a Herodes, tiene lugar la sentencia tras aquella burla de proceso. En la Puerta del Palacio de Justicia grana-



dino, en Plaza Nueva, está Jesús frente al pueblo custodiado por un musculoso romano, lanza en mano, y tras él Pilatos lavándose las manos y unos escribas insensatos. El procurador dictó una Sentencia condenatoria, pero no nos engañemos. Fue un juicio, una parodia de juicio, en el que el más justo de los hombres fue condenado por el Tribunal que inventó el delito y por un espontáneo jurado que gritaba unánimemente "Crucifícale".

En el ir y venir de Jesús, por los palacetes de aquellos desgraciados, ha avanzado por la estrecha calzada junto al Darro, bajo las Torres almenadas y el verde cubo de la Alhambra mora y ha llegado al Pilar el Toro y a la puerta de la Audiencia y allí con voz ronca, que no se oye en Granada, pero sí en otros pueblos, Pilatos lee una sentencia que no podrá recurrirse nunca, y Jesús es condenado a muerte, iniciándose así, un largo Vía Crucis, como los que hacía la vieja Cofradía Decana, a la que quiero recordar, y en ella a todos, en este recorrido por la ciudad. Jesús Condenado no puede más; se entrega a sus acusadores, casi si viene bajo y su figura sobrecoje a los hermanos vestidos con larga cola de ruán morado, a los espectadores que ya volvieron de ver a la borriquilla, y a los turistas que suben o bajan por esa cuesta, que lleva a otra Granada. Y mientras Jesús, ya con sentencia, ya con condena irremediable, empieza su lenta andadera, la Virgen cubierta por una toldilla azul, de cajón, para protegerla de la noche y sobre trono de bandejas de plata, impecablemente vestida, canta gozosamente triste gloria al Señor que hizo en Ella Maravillas.

*A los hambrientos les lleno de bienes,
y a los ricos los despido vacíos.*

En la estrecha calle de San Juan de los Reyes se preparaba la comitiva, la larga procesión que va hasta el Gólgota y Cristo, el Nazareno, es cargado con la Cruz de Granada, puesta sobre sus hombros. Y, en efecto, la Cruz deja en ese momento de ser símbolo de castigo para convertirse en señal de la Victoria, en nuestra señal de Victoria, esa Cruz que hacemos los cristianos al levantarnos, al salir de nuestra casa, al entrar en una Iglesia, y para asombrarnos, incluso, de algo. Cientos de penitentes vestidos de terciopelo y de mujeres, en medio de un grupo de curiosos y hasta de incrédulos, acompañan los primeros pasos hacia la hora final, andando lentamente con él y sabiendo, que aunque ya es tarde para evitar lo irremediable, podemos estar cerca de él y llorar, al menos eso, con él que nos dice: "llorad más bien por vuestros hijos y por vosotras", y una de las mujeres, la más hermosa de ellas, es un arroyo de Lágrimas, con las manos cruzadas, rota de dolor y sufrimiento al ver partir a su Hijo, desde la Iglesia de los Reyes Católicos, erigida sobre la Mezquita que el 5 de Enero de 1492 mandaron bendecir Isabel y Fernando, por cuya céntrica calle granadina, acaba de entrar, con su Cruz a cuestas sobre trono plateado y con la luz de los cirios morados por iluminación Jesús del Gran Poder. A él que todo lo puede le pesa la Cruz, le aplasta nuestra Cruz y en doblando la esquina de la calle de la Colcha cae abrumado por el peso de esa Cruz redentora, anda unos pasos, de rodillas, hecho un costalero de la Virgen de la Esperanza al salir de Santa Ana. Y a pesar de la agonía que sufrió en el huerto y de una noche de golpes, de flagelos y de burlas, se levanta y sigue andando. Ya María, en esa advocación de Virgenes guapas de Andalucía, entre verdes y oros, sedas y terciopelos, aún le queda la Esperanza.





Por las callejuelas y encrucijadas del bajo Albayzín la luz de la ciudad se va colando a media tarde y hace que se le vea, en su caminar, con la Alhambra al fondo, Túnica blanca, rostro dolorido inicia débilmente otro paso hacia adelante arrastrando casi la Cruz. Todo en El es Amor y Entrega, desinteresado y sincero. Granada llama Manuel y en alguna esquina Jesús encuentra a María Santísima de la Concepción, la Virgen Inmaculada, con la que vivió treinta años en Nazaret después de volver de Egipto. En su Monasterio quedó vacío un trono regio porque la Virgen está en la calle llevada por sus propios costaleros, con los de Paciencia y Penas, pioneros en esta Semana Santa. Los viejos cargadores o porteadores fueron sustituidos a finales de los 70 por miembros de las Hermandades que se ofrecían a llevar sobre sus hombros a los Titulares y por ello, desde entonces, al clásico hábito penitencial, que en esta Hermandad es negro con cingulo azul, se añadió otro que es un hábito de este siglo, sin ningún componente medieval y que está compuesto por una faja que se ata a la cintura, por una albarca o unas zapatillas y por una camiseta en la que estalla un corazón joven, de un joven cofrade. Son los costaleros, esos otros penitentes, que se han incorporado, como fuerza renovadora y juvenil a nuestras Hermandades, y que, desde meses antes, inundan las calles con ensayos y esfuerzos que entonces parecen inútiles. No podemos explicar lo que hacen porque es algo que no tiene explicación; escondidos, anónimos, por lo tanto, pasan horas y horas bajo unos faldones con el peso sobre sus hombros dirigidos por la voz familiar del capataz que en un lenguaje que casi sólo entienden ellos, dirige el movimiento. Es una manera de rezar, en este caso a la Virgen Inmaculada y al Cristo del Amor que se han encontrado frente a frente.

Y un grupo de estos costaleros funda en Granada la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno y son los nuevos Ciríneos que ayudan a Jesús a llevar la Cruz. Son hijos de aquel Simón que fue forzado a ayudar al Nazareno. En maravilloso Paso de madera de cedro adornado con cartelas de orfebrería y cuatro faroles, parece pesarle menos la Cruz; dos angelillos le ayudan recogiendo la cartonera y una treintena de hombres presta sus espaldas y su cintura. Parece que pesa menos esa Cruz en las Descalzas. Sigue el rostro de Cristo triste y descompuesto. A la sencilla túnica morada se añade una soga de oro al cuello y en los puños de su camisa, así es Andalucía, lleva unos gemelos de oro. Es un Cristo cercano, silencioso, sin músicas y sin tambores, impresionante y cautivador, que avanza y para. Se oyen unos golpes secos y apenas se yergue un tanto y sigue su camino.

*Es el Cristo Nazareno
que pasa por las Descalzas
aquel hombre justo y bueno
(el Hijo del carpintero)
que anduvo sobre las aguas.*

*Es el Cristo Nazareno
que pasa por Calle Navas
el mismo Cristo sereno
que resucita a los muertos
y a multitudes hablaba.*





*Es el Cristo Nazareno
que llega hasta Calle Elvira
el acusado y el reo
que arrastra el pobre madero
en el que va nuestra vida.*

*Es el Cristo Nazareno
subiendo por San Matías
quien le da vista a los ciegos
y quien libera a los presos
de la muerte y la apatía.*

*Bendito seas costalero,
tus heridas y tus llagas,
convertido en Cirineo
llevando a tu Nazareno
por las calles de Granada.*

Y la Virgen, de la Merced, ricamente vestida, impecablemente adornada, en un paso sin igual bordado por sus propios hermanos y lleno de mil detalles, ha salido también del Monasterio y ha dejado la clausura para ser vitoreada, con plegarias y silencios por las calles de su Granada que ha encontrado aquí una de las Cofradías más modernas y más serias y ejemplares de cuantas desfilan por ella, gracias al trabajo riguroso de sus miembros y a la comprensión y generosidad de las monjas del Monasterio de las Descalzas, en la Plaza de San Juan de la Cruz, que colaboran de un modo que debiera ser imitado en otras sedes canónicas.

Y es en el Albayzín, por la Plaza Larga o en Calle Panaderos, o al subir, cuando en la Cuesta de la Alhacaba sólo se oye un rítmico tambor, cuando una mujer, a la que posiblemente no distinguimos, se cuele entre los penitentes, negro y oro, o se asoma desde el balcón próximo y con una mantilla granadina, o con un pobre pañuelo que va arrugado en la manga, alivia el rostro de Jesús de la Pasión, que sigue su marcha hasta el Calvario. Es la Verónica albaycinera que recibirá en compensación por su gesto la dulce mirada de Jesús que dejará grabada en su corazón. Y la estampa de este Cristo recibirá besos en su rostro inmóvil y mudo durante todo el año. Una banda de música se esfuerza por las empinadas calles y junto a los penitentes con cera o báculo, otros llevan tambores, cornetas o liras y tocan mejor que nadie porque son hermanos de esa Cofradía. A la noche, del cielo del Jueves Santo, presidido por la luna llena, y de la letanía del Rosario, se ha desprendido una Estrella que va muy cerca del hijo, juntos los dos, casi sin separarse bajo un palio azul de terciopelo.

*Del cielo del Jueves Santo,
se ha desprendido una Estrella,
y cayó sobre este barrio
Verónica Albaycinera,
por igual moros y cristianos.*

*Quédate siempre en Granada
Virgen Santa de la Estrella,
que eres Reina soberana
de los hombres de esta tierra
princesa, madre y sultana.*





Jesús cae por segunda vez en los puentes del río Monachil, entre hogueras y bengalas. Es el Cristo del Trabajo, el Cristo de un barrio de trabajadores con penas y sacrificios, el que va a caer y apoya su mano izquierda sobre un tronco del camino. Pero como le importan muy poco las cosas de la tierra, inmediatamente se levanta para llegar este año, hasta ahora nunca lo ha hecho, hasta la Catedral, en larguísima Caminata desde el Corpus Christi seguido de una Dolorosa que ilumina nuestras horas de angustia y de zozobra, de desánimo y de oscuridad. Es la Virgen de la Luz, que atravesará el Lunes Santo la Tribuna Oficial, entre la crítica perfeccionista y entendida, el juicio severo y la oración profunda, cerrando el Desfile procesional en estación de penitencia, de una nueva Hermandad con un prometedor futuro a la que todos deseamos larga vida y frutos fecundos.

Jesús no importa en qué momento de su pasión, si atado a la columna o con la Cruz a cuestas, vuelve su mirada hacia atrás y ve que le siguen, acompañando a María, un numeroso grupo de mujeres prematuramente enlutadas, con un largo velo de encaje y peineta española. Con elegante severidad se visten las mujeres españolas para las grandes ocasiones y van en nuestras procesiones con el rosario y alumbrando con su vela, llorando quizás, rezando sin duda, por los pecados que son la causa de la Pasión. Las mujeres de mantilla, como los penitentes o los monaguillos o los costaleros, no son el adorno de nuestras procesiones, sino un sector de la Hermandad, que es una, con su papel de responsabilidad y trabajo, que sólo una vez al año, se distingue del resto de los hermanos no en su fe ni en su intención sino sólo en su vestimenta. Son las camareras que van rezando el Rosario, como la Virgen coronada Dominica, que avanza entre olas de cariño y salves marineras recordando los Misterios Dolorosos. Ante Ella, Jesús cae por tercera vez. No ha sido suficiente la ayuda del de Cirene y abrumado ya, casi extenuado por el peso de la Cruz, o por algún golpe que le damos, está Jesús en el suelo sin haber soltado nuestra Cruz ni un sólo instante en el camino, llevado por la noble Cofradía que venera a una Virgen que es Dolorosa y que es de Gloria, en la más extendida advocación, la del Rosario, que es una oración que se acaba con un concurso de pìropos a la Virgen.

Muy cerca de Pavaneras, en Calle Varela, o en cualquier barrio alejado de Granada, o en otras partes del mundo, Jesús es Despojado de sus Vetiduras. Pero habrá que esperar aún para ver la escena detenida (pues la real se repite a cada instante) por nuestras calles. Todavía no está federada esta Hermandad cuyo titular es un Cristo que acaba de soltar la Cruz, en la cima del Calvario, y al que le roban las ropas. Bendecida la Imagen, en San Antón, hace unos años, los Viernes Santos, en un Vía Crucis, como éste, va por su barrio Figares y entre las oraciones y peticiones que reciba no faltará la de este pregonero pidiendo que la Estación penitencial anual, nuestra esencia, sea pronto una realidad.

Ahora está el Señor Sentaillo apenas, con su mano en la cabeza, como un estudiante en sus horas difíciles, pensando en su sacrificio. Es el Cristo de la Meditación, que fue de la Humildad y de la Paciencia, en aquella Cofradía de Negros de hace siglos. Llevado por costaleras, como de costaleras son los hombros que llevan a la Virgen de la Luz, Jesús de la Meditación, desnudo y solo, se prepara para el mayor sacrificio.

Los soldados lo tomaron, lo acercaron al madero y entre la zozobra de un pueblo que empezaba a no entender nada, y la burla de los príncipes, de los





sacerdotes, de los escribas y de los ancianos y la presencia cómplice de muchos Pilatos, Jesús es clavado en la Cruz y lo tenemos crucificado, en todas nuestras Iglesias y en nuestras casas y en las obras de los grandes artistas. En Granada está crucificado, por ejemplo, y ruega por todos en el Convento del Santo Angel, el Cristo de San Agustín al que acude todos los Agostos el Cabildo Municipal, a postrarse ante su rostro dolorido y penetrante, sus ojos vueltos, obsumido y penetrante, acompañado de la Virgen de la Consolación:

*Los hijos que te aclaman, en sus cantos
bajarán con vergüenza, sus cabezas,
se acercarán, con temor, hasta su manto
reconociendo humildemente sus flaquezas.*

*Besarán, con temor, tus limpias manos,
ejemplo de Candor y Pureza
vienen a consolar tu dulce llanto
y eres tú, Virgen Santa, quien Consuela.*

Y saldrán los Cristos crucificados también por nuestras calles. Agonizantes, o ya muertos, es igual, pues los crucificados van hablando por Granada en esa pasión que se celebra en la ciudad. Muchos llevan la cabeza vencida y la herida en el costado pero se les oye hablar.

"Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen", va diciendo el Cristo Salesiano de la Redención. Lo estaban insultando, riéndose de él, del Profeta, del Santo, del Hijo de Dios, probablemente muchos de los que lo habían aclamado ahora lo injuriaban, tal vez alguno sanado incluso, y él, Cristo Redentor, amante de sus enemigos (Rogad por los que os persiguen), pide perdón a Dios por quienes manejando al pueblo lo condenaron, por Pilatos, Herodes, Caifás, aquellos intelectuales; por quienes lo pusieron en el madero y por quienes le condenan, lo condenamos después, por Judas que le traicionó y que arrepentido se quitó su vida que no valía ni 30 monedas. Con un larguísimo paño de castidad, con el que ha querido imaginarlo el artista, desde el Calvario, el Cristo de la Redención dicta su ley, la ley del Perdón. Y a la Virgen de la Salud, le piden auxilio sus cofrades casi equivocándose de cántico: "En la hora de la muerte sé mi consuelo y al dejar esta vida llévame al cielo", haciendo del Jueves Santo otro 24 de Mayo.

Junto a Jesús han crucificado, en el Sacromonte granadino, al final de las 7 cuestras, donde María Santísima del Sacromonte, la Virgen gitana y paya pasa el año recibiendo recados para su Hijo, a dos ladrones. Uno de ellos, llamado Dimas, que duda primero de Jesús, se arrepiente y le dice que se acuerde de él cuando llegue a su Reino, a los miles de años de la muerte, o sea, el Domingo, a los tres días, y Jesús le responde: "En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraiso". Con el Consuelo de Jesús quien era ladrón, criminal y, por lo tanto condenado, es ahora su discípulo que reza, su Apóstol, el primer mártir que tomó su Cruz para seguirlo y un auténtico Penitente que, hoy mismo, estará con El en el Paraiso.

Subiendo a Valparaiso, o en el Corazón de Jesús se podrá hablar con él, como hizo el ladrón. Y durante todo el año podrá también entrarse en conversación, rezársele, en la Abadía. Y allí subiremos muchas veces a la entrada de las cuevas, con sus brazos abiertos, redentores y el pelo cayendo sobre su lívida faz.





Matado siempre, condenado siempre. Siempre vivo. También la Virgen de las Alegrías, la de los Cantos y las palmas, la que no se asusta de nada estará siempre en la Iglesia donde irán sus hijos a muchas sabatinas y donde sube ahora mismo este Pregonero que tuvo el gran honor y la inmensa e inmerecida suerte de hacer el Pregón de aquella Cofradía hermana.

*Padre mío del Consuelo
en la Cruz crucificado
entre gritos y cantares
de un pueblo que te ha matado.*

*Estás mirando a Granada
desde ese monte sagrado
salvándonos con tu muerte
redimiendo los pecados.*

*Y tú, con tus cuatro clavos
que te han puesto unos bandidos
y te quitan los gitanos.*

*Estás Padre Redentor
por todo el cuerpo sangrando,
la lanza de un centurión
el pecho te ha atravesado.*

*Estás mirando a Granada
con la herida en el costado
que te hacemos los cofrades
a los que estás perdonando.*

*Y tú, con tus cuatro clavos
que te han puesto unos bandidos
y te quitan los gitanos.*

*Están los pies doloridos
en la taba sujetos
y los ojos de la Virgen
suplicantes tiene alzados
pidiendo a Dios generoso
(ya todo está consumado)
que alivie tu sufrimiento
te lleve pronto a su lado.*

*Y tú, con cuatro clavos
que te han puesto unos bandidos
y te quitan los gitanos.*

*Preguntastes al Padre Eterno
por qué te había abandonado
como hombre que está muriendo
y como Dios perdonando.*

*Están las sienes con sangre
y están deshechas tus manos
rotas por el hierro sucio
que te inca algún malvado.*

*Y tú, con tus cuatro clavos
que te han puesto unos bandidos
y te quitan los gitanos.*

*Están los brazos abiertos
como al perdón invitando
mostrándonos los caminos
los dos ladrones al lado.*

*Estás mirando a Granada
que te ha crucificado
y desde ese Sacromonte
haces a todos hermanos.*

*Y tú, con tus cuatro clavos
que te han puesto unos bandidos
y te quitan los gitanos.*

*No hay razas ni diferencias
judíos ni samaritanos
gentiles o fariseos
castellanos o gitanos.*

*Nuestro Cristo del Consuelo
noche del Miércoles Santo
ha muerto en el Sacromonte
después de ser maltratado.*

*Está pendiente María
corazón apuñalado
de lo que hacen con el Hijo
por este mundo inmolado.*

*Y tú, con tus cuatro clavos
que te han puesto unos bandidos
y te quitan los gitanos
que esta noche granadina
se confunden con los payos
llevando a hombros a su Cristo
llorando desconsolados
por las Cuestas de Granada
por ese Monte Sagrado
que grita paz y perdón
a todo el pueblo cristinano.*

*Y tú, con tus cuatro clavos
que te han puesto unos bandidos
y te quitan los gitanos
que te arrancan tus cofrades
y te alivian tus hermanos
de una Hermandad agradecida
a un Cristo desconsolado.*





Y en la Plaza de la Universidad se encuentra ahora gracias al empuje, al entusiasmo y el buen hacer de un grupo de hombres enamorados de la Semana Santa, el Cristo de la Sangre, la Cruz y Corona a cuyos pies la Virgen del Refugio y San Juan oyen las palabras de Jesús: "Mujer he ahí a tu Hijo; Hijo he ahí a tu Madre". Esa es, sobre todo, la razón de ser de nuestra fe mariana. El mandato de Cristo en la Cruz.

La Cofradía Universitaria esa cuyo Hermano Mayor, el único que ha tenido, a fuerza de ser amable se olvida de que hay que dormir alguna vez, y que es capaz de asistir a un acto académico, trasladar a una Imagen, ayudar a transportar un paso desde Sevilla; prestar un enser nuevo adquirido con cariño y esfuerzo para que sea otro quien lo estrene; barrer la Plaza; estar horas y horas ante un Belén y regalar la recaudación de toda la Navidad o reunirse esta misma madrugada, con un amigo, a preparar este escenario (y eso día tras día y año tras año) la Cofradía Universitaria digo, que ejemplo de renuncia y generosidad, nos presentan a María como a nuestra Madre. El, con cinco llagas en el cuerpo y ella con siete espadas en su corazón, escoltados por una guardia suiza que se incorpora a la comitiva.

La Cofradía Universitaria, paseará también a la Virgen de los Remedios que está matriculada, como alumna de honor y compañera de oro, en la Facultad de Derecho de la que lleva su medala, junto a la de la Cruz Roja, a la del Tribunal Superior de Justicia o la de antiguos Profesores.

Es la Cofradía de los Tres Pasos, de los capillos multicolores de las Facultades, de las mil sorpresas, del cartel propio, la revista, el Vía Crucis, los estrenos y de los estudiantes de una Granada universitaria que busca a la Virgen de los Remedios y al Cristo de Meditación en todos los momentos de angustia y de fatiga y que acompaña a la Imagen con grandes cruces penitenciales al hombro.

La Cofradía Universitaria, de la que soy un miembro y un profundo admirador, con la que la mía si no está hermanada ya debiera de hacerlo formalmente, sacará este año en un Vía Crucis cuaresmal, ya clásico, con parada en el Hospital de San Juan de Dios, en el Real Colegio de San Bartolomé y Santiago y en mi propia Facultad (casi me parece que es mi hermandad por lo cerca que estoy de ella) a Nuestro Padre Jesús del Abandono y Desamparo, nueva Imagen de la Semana Santa de Granada, que recuerda el momento del Encuentro de Cristo con los pecadores, o mejor dicho, del Encuentro de los pecadores granadinos con su Cristo con la Cruz a costas.

En pocos años ésta puede ser otra advocación de esta Hermandad Sacramental (Cofradía, de nazarenos y dirigentes de Ley), que tiene la complacencia de su Párroco, y ya no se entiende Cofradía sin Parroquia, pero casi tampoco Parroquia sin Cofradía. Bendito ejemplo.

Acompañado de penitentes enlutados con bocamangas rojas y verdes, el Santísimo Cristo de la Buena Muerte, por la amplia avenida frente a la fuente del Triunfo, avanza por Granada, desde San Juan de Letrán, con los ojos entreabiertos, se escapa su débil voz "Dios mío, Dios mío, porqué me has abandonado", porque va solo. Los ciegos, los mudos, los sordos, los hambrientos... de ayer, se fueron todos. Y los apóstoles también, con tantas ocupaciones, lo abandonaron también. Tan sólo un pequeño grupo de incondicionales entre los que está Nuestra Señora del Amor y del Trabajo y, en Granada, sus penitentes y sus ferroviarios.





En este momento quisiera que recordásemos a nuestras madres y a nuestros padres. He oído muchas veces que cuando se van de esta tierra uno se arrepiente de no haberles dicho cuánto se les quería y es que, con las prisas de los tiempos, a uno se le olvida lo principal, o es que no nos atrevemos posiblemente. No quiero yo desaprovechar la oportunidad, la violenta oportunidad que me ofrece este acto, que es una especie de apertura pública del corazón, para venciendo la timidez y haciendo caso a quien me lo aconsejaba en mis soledades (y recomendándole yo que haga lo mismo) yo pueda, aparte de darles las gracias por cuanto hicieron, hacen y harán por mí, decirles a mis padres cuánto les quiero. Dispénsenme ustedes esta licencia pero si pocas veces lo hice en privado, nada importe hacerlo en público. Y además les sugiero que me imiten en cuanto puedan. El mandamiento de nuestra ley, que nos hace amar a nuestra madre y a nuestro padre, nos exige no ocultar ese cariño nunca. Todo lo que somos, lo somos por ellos, como todos los nacidos. Y la quinta palabra que les oigo a los Cristos granadinos la grita el Cristo de la Lanzada, con Longinos cerciorándose de que está muerto. La pena más grande de su alma, sentirse sin la protección de su padre, ahora con la más grande del cuerpo; tengo sed. Su cuerpo deshidratado pedía agua; las heridas al aire y los brazos extendidos con la orla oprimida. Y de nuevo, como cuando a la samaritana le pidió de beber, no encuentra respuesta rápida. Más aún le dieron, le damos vinagre y aunque el castizo vecino del Albayzín diga, haciendo bromas en medio de la tragedia, que era una especie de gazpacho, agua, vinagre y sal, lo que se le dió a Jesús, sabemos que le dimos el vinagre de la ingratitud y de la falta de caridad, nosotros que tenemos una religión tan fácil, que nos salvamos por un simple vaso de agua: Venid, porque tuve sed y me disteis de beber. El Cristo zaidinero de la Lanzada ya no alcanza a ver, desde la Cruz, a la Virgen de la Caridad que entre cientos de bengalas pasa por las fuentes de la Avenida de Dilar. Estos penitentes y estas mantillas y estos costaleros y costaleras deben de conocer mejor que nadie lo que es la sed, dado su largo recorrido que es dirigido rítmicamente por una banda de cornetas y tambores propia.

Y acompañado por la Virgen de la Misericordia en el Convento de Santa Catalina, en la Iglesia de San Cecilio y ahora el cartel por todos los escaparates de las ciudades españolas y del mundo, con la Alhambra al fondo y un rico abanico de verdes el Cristo de los Favores parece decir "Todo está consumado". Se cumplieron las profecías y es lo grave, como se ha escrito, que más deseara decir Jesús porque acaba su Pasión de hombre, más y para nosotros porque acaba la obra de la Redención comienza la santificación. Y es una palabra que va dirigida a los hombres por quienes ha muerto. Y va bajando por la Cuesta de San Cecilio y por la del Realejo una hermandad rigurosa que ha puesto en su título, como otras pocas el carácter sacramental que a tanto le obliga.

Y en el puente antiguo del Genil, entre bengalas y hogueras, entre rezos y verdad, los mayores apiñados con los niños, los penitentes cansados por el largo recorrido e imponente paso con cuatro hachones, con los ojos suplicantes al cielo, la corona de espinas, la sangre derramándose y las potencias de oro, el Santísimo Cristo Escolapio de la Expiración dirige la última palabra a su Padre: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Y el río de Granada se llena caudaloso de esperanza. Y el humo de la mecha se ofrece como oración, entre la niebla se alza su sobrecogedora imagen y van entrando en la Parroquia la Cruz de Guía, el Escudo de la Hermandad, la bandera, el Simpecado, el Guión, los estandartes, el Senatus, los ciriales, los faroles, los báculos, los cirios apagados y toda esa





iconografía cofradiera que casi cuesta entender. Ve la Virgen que se le escapa su hijo, que se le va del todo y no cabe un Mayor Dolor y las aguas que vienen del lejano Darro y las que, como un hilillo, bajan desde la Sierra por el Genil, son dos regueros de llanto, las lágrimas de Granada, que vestida de negro en tarde de Viernes Santo, se ha puesto una mantilla que es la noche bordada de estrellas y luceros sobre una peineta con forma de Torre de la Vela y que lleva por cirio el puente romano en ascuas cuando pasa la Expiración.

Y diciendo esto, con una voz fuerte, el Cristo de la Misericordia muere en la Cruz. Los comentarios y las risas de quienes esperan la procesión, las voces y los ruidos, se han acabado los que se rien de él y le dicen que baje de la Cruz han enmudecido, la noche es más noche que nunca y se ha apagado la luz. El Cristo Misericorde ha muerto. Lívido, penetrante, con gesto cadavérico, blancura espectral y clarooscuros en su rostro, con entre ruidos de cadenas y grilletes o sandalias que arrastran avanza por la rampa de Pasiegas, por plaza del Carmen o sortea grifos de San José. Es el Cristo de la muerte (que es la vida) el muerto más muerto de Granada ante el que recibí el envoltorio de este Pregón y que yo asocio también a una muerte más mía. En la noche del Jueves Santo de 1978, cuando salló por vez primera la Cofradía de la Concepción, también, como siempre, se abrió la puerta de San Pedro a las 12 de la noche, y como siempre, salió la Cofradía del Silencio a la Catedral. Eran los primeros años en que se entraba en Bibrrambra pero esta Hermandad estuvo a punto de desviar su recorrido para llegar a un balcón de calle Reyes donde una anciana sufría y se despediría del Cristo de la Misericordia el que hacía mucho tiempo que no veía. Así lo recordaron los responsables pero al llegar el paso a Tribuna siguió por calle del Príncipe porque un rato antes aquella anciana buena, recuerdo de nuestros años infantiles, había muerto aquel Jueves Santo e iba por tanto también, con Cristo, en su paso de caoba y marfil. Y mientras Granada velaba a Cristo en la madrugada, nosotros también velábamos a aquella mujer. Y al ver pasar a los penitentes ya muy alta la madrugada, con sus hábitos negros enlutados, creíamos que nos estaban acompañando en la tristeza. Y cuando se apagaron las luces creíamos que era por nuestra abuela que, ahora sí que lo entiendo bien, eligió el mejor día para morir, el día del Amor Fraternal y para recuperar la vista y estar en presencia del Cristo de la Misericordia, de cuya hermandad soy un humilde hermano, para siempre.

No se sabe si Cristo viene o va. No se sabe quien es su hermano mayor. No se conocen los nombres de sus Mayordomos. Van tapados al templo y de él vuelven así, sus penitentes, rápidamente y por el camino más corto. No quiero decir ni una palabra más, pues esta Cofradía lo dice todo, con su silencio.

Y la Virgen sola, ya en Santo Domingo acompañó al Señor de la Humildad, en su Soledad, con un sudario, en las manos y en él la corona de espinas junto a la que juegan unos angelotes con las tenazas del Sayón que lo coronó. Sola en Granada el Martes Santo y sola en el Viernes a las tres en el Campo del Príncipe, en la procesión del tránsito de las siete palabras.

Y al poco entregan a María el Cuerpo de Jesús, que ha sido desclavado de la Cruz. Le entregan el cuerpo en Granada, en septiembre, en la Carrera y ahora, en Abril, será la misma Virgen la que baje con el hijo desmadejado en sus brazos, ineme. Ella le recoge la cabeza, le sujeta su mano atravesada por el clavo, y al pie de la Cruz, sobre trono de plata que evoca el Patio de los Leones alhambrenño,



llega por la Cuesta de Gómez hasta la ciudad: Santa María de las Angustias de la Alhambra, la Reina de las Vírgenes, con cientos de camareras y de penitentes, y con los costaleros anónimos con antifaz. En la Alhambra tiene su altar y en la casa de cada granadino. Cualquier esquina, cualquier balcón ofrece la más bella fotografía de la Virgen entre gladiolos, claveles y palomas que no se mueven del paso, que no irse de su vera, pero yo me quedo con la Virgen saliendo por la Puerta Judiciaria por el espectáculo que ofrece. No es lo más cautivador ver los reflejos de las bengalas, ni las sombras, ni el colorido, el haz de luces que cae sobre ella, el delicado encaje del sudario al aire. No, lo más cautivador es mirar desde el arco hacia fuera y ver apiñada a la multitud, muda y cegada por la belleza, lo más cautivador de esa tarde del Sábado Santo, es ver rezando a Granada, antes de que empiecen los oficios.

Pero hay en Granada hasta entierro oficial. En una urna de cristal se coloca el cuerpo del Salvador, al que dará eterno cobijo la caoba. Siempre ha sido esta hermandad del Santo Sepulcro, la oficial. Antes eran muchas las representaciones de otras hermandades, hoy, autoridades y clero, presiden el cortejo funerario organizado por penitentes vestidos de rojo y negro, que velan, como los cuatro ángeles de plata de sus esquinas, el féretro de Jesús. Y tras la presidencia de autoridades y los caballeros del Santo Sepulcro, la familia, en la que soló va la Virgen, que despide al Señor en Santa Ana, como durante muchos años a los granadinos.

José de Arimatea que ha pedido el Cuerpo de Jesús y que se lo ha dado Pilatos y con José de Nicodemus y con San Juan, lo pone en una sábana y lo lleva al monumento que construyó. La Virgen va andando por Granada, con María Magdalena, María Salomé y María de Cleofás. Han salido de San Jerónimo donde la orden de Sor Cristina venera todos los días al Cristo yacente, impresionante e inmóvil, conmovedor y muerto. Las chías recuerdan aquella petición de limosna que se hacía en otro tiempo. Y cierra la rica comitiva la Virgen granadinísima de la Soledad con túnica y manto inigualables que estruja elegantemente un pañuelo anegado de lágrimas. Las gentes se levantan al paso de las angarillas y los hay que no pueden evitar al acercarse a unos centímetros de la faz ensangrentada y contarles su secreto, en confesión sincera que me recuerda al Cristo del Consuelo bajando por sus cuevas sacromontanas muy cerca también de las personas.

Y es aquí donde acaba este Vía Crucis que yo he hecho en voz alta, y que se da en esta Ciudad pero nuestra fe no acaba ahí. Creer en eso no es creer en recordar lo que muchos vieron y oyeron.

Al tercer día encontraron removida la piedra y allí no estaba el Cuerpo. Cristo había resucitado, tal y como prometió. Así lo contó el Ángel. De pie, con un estandarte en la mano, que dice J.H.S., la otra levantada y el sepulcro abierto, pasea su Resurrección desde San Miguel Arcángel, con el Cirio Pascual, entre una lluvia de pétalos y de marchas alegres que han estado vedadas toda la semana. Y se justifican los aplausos y las palmas y los cohetes. Las mujeres han cambiado su mantilla que ahora es blanca y la Virgen del Triunfo vuelve a sonreír.

Y el Domingo, a la tarde, en Granada por segunda vez aparece Cristo Resucitado porque quizás con una sola aparición, como le ocurrió a los Apóstoles,





no le hubiésemos creído. Precedido de cientos de chiquillos tocando campanillas, que a la mañana fueron acompañando al Niño Jesús de la Cofradía de los Facundillos, cuna de esperanzas y vocaciones, mantenida por la Cofradía de la Humildad, sale del sepulcro y temblará la mano del buen capataz, este año, cuando por vez primera, haga la llamada para pasar por Carrera Oficial. La Virgen de la Alegría que estuvo dando ánimo a los Apóstoles seguirá a Jesús Triunfante y él, reprendiéndonos nuestra incredulidad y dureza de corazón nos dice: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura". Y eso es lo que hacemos los Cofrades de Granada.

Y así he pretendido hacerlo yo hoy en este Pregón, que mal que bien ya esta acabado y eso nos anuncia la proximidad de la Pascua. Y así pretendemos hacerlo esta Semana y todas las del año, cada uno a su modo y todos de la misma forma el Pregonero de este año, en concreto, en su hermandad sacramental que espera acompañar a Jesús Sacramentado, Cristo vivo, por las calles de esta ciudad, otra vez en procesión, oliendo a maestranzo y a yerba fina, en un Jueves eucarístico, de esos tres que relucen más que el sol y que se nos están acabando. No se si sabremos estar en Corpus un Domingo.

Conciente de mi compromiso, de mi mayor compromiso, y huyendo del folklore y de espectáculo, ingresamos en una hermandad. No son las cofradías actos culturales, populares, tradicionales, son mucho más. Son necesidades religiosas y cada una ofrece su particularidad.

Es por eso que igual que otro cualquier día, los Miércoles Santos me descalzo, me pongo mi hábito morado, mi capillo y mi capa blanca sacramental, cojo la bandera, la vela, el báculo, el estandarte o el bastón de mando, me despido del Sagrario y salgo a Granada en una Hermandad de penitencia.

*Le grita al mundo entero
la Amargura de la Madre
la devoción de sus hijos
el amor de sus cofrades
la Paciencia de su Cristo
la sangre por los varaes
el dolor del costalero
el pie descalzo en la calle
las camareras rezando
el cirio rojo que arde
las Penas de nuestra Virgen
nuestras miserias gigantes
las rodillas destrozadas
sonrisas en los semblantes
el rostro del Cristo roto
por una condena infame
el Barrio de San Matías
sus vecinos anhelantes
la tristeza de María
y su belleza radiante
las cuerdas y la columna
la faz de Cristo brillante*

*y la ilusión, la alegría
de que ya están en la calle
los sacos de la Imperial
una de las Hermandades
a la que le pide en silencio
que los proteja y los guarde.*

*Semana Santa Andaluza
Miércoles Santo a la tarde
se pasea por Granada
a Cristo vivo triunfante
y a la Virgen de las Penas
a nuestra querida madre
para pedirles socorro
en nuestros momentos graves
salud, trabajo, paciencia
perdón por nuestras maldades
y a cuyas plantas se postran
costaleros, capataces
monaguillos, penitentes
camareras y cofrades.*





Esta es mi Hermandad mi querida Hermandad. Esos son mis titulares, mis queridos titulares que han estado presentes en mi Pregón antes de hacerlo, escribiendo las cuartillas, leyéndolas en este acto y cuando salgamos del Teatro y cada uno dé su versión del Pregón: el Cristo de la Paciencia, atado a la columna; en el trono irá el Rey de los Judíos, no llevará corona, luego, le ceñirán una de espinas; no llevará cetro, ni anillos, ni sortijas, ni brillantes, sólo la soga que lo ata a la columna. No llevará calzado, ni vestidos, ni púrpura, ni sedas, ni riquezas. Va desnudo, completamente desnudo. La cara de amargura, de tristeza. El rostro apenas vuelto humildemente, los ojos clavados en los nuestros, los músculos tensos, las piernas doloridas, los brazos golpeados, la espalda escarnecida. Atado a la columna soportando con Paciencia nuestras penas, todos los años igual, todos los años distinto y sus hermanos, mis amigos de la Junta de Gobierno, mis amigos costaleros, mis amigos penitnetes, mis amigos monaguillos, mis amigas camareras, mis hermanos de hermandad pidiéndole trabajo, pidiéndole salud, pidiéndole más Amor y él, mecido o acariciado por los costaleros, no se bien, avanzando pacientemente hasta la Catedral o de nuevo a San Juan de Dios. Mi corazón está partido, porque quiere sufrir con Jesús de la Paciencia el Cristo Nazareno que morirá en la Cruz por nosotros a nuestras propias manos. Y hoy lo contamos al mundo pidiendo perdón, arrepentidos, por la Granada, del Miércoles Santo, a un Cristo que perdona todo. No seamos nosotros más serenos que él, no nos rasguemos las vestiduras porque no nos gusta lo que dice un Cofrade, porque pensemos que no es digno de ir en la procesión, porque creamos que no debiera llevar el paso, porque digamos que ofende nuestro hábito. ¿Quiénes somos nosotros para juzgar? ¿Quiénes somos nosotros para prohibir? Si Jesús de la Paciencia lleva perdonando veinte siglos.

España es la tierra de las Vírgenes, y desde la Moreneta hasta la Virgen de Guía canaria, la de Guadalupe a la de los Desamparados de Valencia, la del Pilar a la de la Paloma, se extienden un sin fin de devociones que en esta tierra andaluza van desde la Virgen del Saliente hasta la Blanca Paloma. Dejad a este pregonero, a este pobre pregonero que ya acaba, que su último pensamiento sea para su Virgen. En su pecho la Medalla laureada de la madre, la mirada perdida, el manto severo que espera ser bordado, su cara de tristeza y sufrimiento que no puedo describir, en la segunda capilla de San Matías, a la espera del altar que se merece está la Imagen que representa a María Santísima de las Penas: que es María Santísima de las Penas; saldrá de allí, los costaleros un año más encararán su rodilla en tierra, se arrastrarán por el pórtico de la Iglesia e irán allá abajo satisfechos, no cansados, alegres, no tediosos, orgullosos y dignos de su empeño. Nervioso el celador y los Mayordomos; solemnes los penitentes; traviosos los monaguillos; serias y ejemplares las camareras y preocupado el Hermano Mayor, como hoy lo está el Pregonero, por ver si dan, en sus vidas, este testimonio de verdad; por comprobar si anuncian el Evangelio con su vida y su procesión; por saber si están agrandando a Dios.

Cállese ya el Pregonero. Que en este Teatro hay un Pregón de Paciencia y hay un Pregón de Perdón. Esa Cruz en la que están clavadas nuestras Penas es el mejor pregón, el mejor grito que puede darse. Quien sea capaz que se acerque, que tome las imágenes, no disfrute con los bordados, no tiemble con la música, no admire la perfección de los enseres, no alabe el orden de las filas; no proponga un nuevo paso; no se vista de costalero; no critique el bordado; no aplauda la saeta, no participe en el concurso fotográfico, no ponga el cartel en su escaparate, no



pierda el tiempo. No nos ofende. No es un museo lo que sacamos a la calle. No esperamos el piropo. No es un desfile, es un modo de ser, es el Evangelio en el que queremos vivir y morir, si es posible, abrazados a una Cruz.

He dicho.

Semana
Santa
1992



ESTE PREGÓN
DE LA SEMANA SANTA
DE GRANADA 1992,
HA SIDO EDITADO POR LA
CAJA GENERAL DE AHORROS DE GRANADA,
ACABÁNDOSE DE IMPRIMIR EL DÍA DOS
DE ABRIL, FESTIVIDAD DE
SAN ABUNDIO, EN LOS TALLERES
DE GRÁFICAS GRANADA.